

*Prólogos*  
ISRAEL GUERRERO  
MIGUEL NÚÑEZ

# DOGMÁTICA REFORMADA

EDICIÓN CONDENSADA EN  
UN SOLO VOLUMEN

HERMAN BAVINCK

EDITOR  
JOHN BOLT

# DOGMÁTICA REFORMADA

EDICIÓN CONDENSADA EN  
UN SOLO VOLUMEN

**HERMAN BAVINCK**

EDITOR

**JOHN BOLT**

**Editorial CLIE**   
[www.clie.es](http://www.clie.es)

**EDITORIAL CLIE**  
C/ Ferrocarril, 8  
08232 VILADECAVALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)  
<http://www.clie.es>



Publicado originalmente en inglés por Baker Academic una división de Baker Publishing Group bajo el título *Reformed Dogmatics*. Copyright 2011 por Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 / 932 720 447)».*

*El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera ©1960 Sociedades Bíblicas en América Latina. Utilizado con permiso.*

© 2023 por Editorial CLIE.

---

**DOGMÁTICA REFORMADA**

ISBN: 978-84-19055-09-5

Depósito Legal: B 23540-2022

Teología cristiana

Sistemática

REL067110

---

Impreso en Estados Unidos de América / Printed in the United States of America

# ÍNDICE

Prefacio del editor 11

## **Prólogos**

Israel Guerrero 15

Miguel Núñez 27

Abreviaturas 29

## **PRIMERA PARTE: PROLEGÓMENOS**

### **Introducción a la teología dogmática**

- 1. La teología dogmática como ciencia 35**
  - Terminología 35
  - La teología como la ciencia de Dios 42
  - El problema de la certidumbre: la Iglesia y la Escritura 48
  - La fe y el método: la organización de la teología 57
- 2. La historia y la literatura de la teología dogmática 68**
  - La formación del dogma 68
  - El dogma en la Iglesia primitiva 70
  - De Constantino a Agustín en la Edad Media 76
  - Teología dogmática católica romana 82
  - Dogmática luterana 85
  - La dogmática reformada 87
- 3. Fundamentos de la teología dogmática 94**
  - Ciencia y pensamiento (*Principia*) 94
  - Realismo y universales (*Logos*) 96
  - Fundamentos religiosos 99

- 4. La revelación** 111
  - La idea de la revelación 111
  - La revelación general 118
  - La revelación especial, escritural 126
  - “Natural” y “sobrenatural” 135
  - Los milagros, el lenguaje y la historia 141
- 5. Las Sagradas Escrituras** 147
  - La Palabra inspirada de Dios para su pueblo 147
  - El testimonio de la Escritura de sí misma: la inspiración orgánica 161
- 6. La fe** 174
  - La fe y el método teológico 174
  - La fe, el intelecto y la teología: el método histórico-apologético 176
  - La fe, el sentimiento y la teología: el método religioso-empírico 182
  - La fe, la moral y la teología: el método ético-psicológico 185
  - La fe y su fundamento 193
  - El testimonio del Espíritu Santo 199
  - La fe y la teología 208

**SEGUNDA PARTE: EL DIOS TRINO Y LA CREACIÓN**

- 7. Conociendo a Dios** 219
  - El misterio y la incomprendibilidad divinos 219
  - El problema del ateísmo 230
  - La teología natural 234
  - Las “pruebas” de la existencia de Dios 239
  - Poniéndole nombre a Dios: adaptación y antropomorfismo 245
- 8. El Dios vivo que actúa** 253
  - Los nombres de Dios 253
  - La simplicidad divina: esencia y atributos 255
  - Los nombres propios de Dios 262
  - Los atributos incommunicables de Dios 269
  - Los atributos comunicables de Dios 281

- 9. El Dios trino y su consejo** 309
- La Santa Trinidad en la Escritura 309
  - La elaboración del dogma trinitario 317
  - La oposición: el arrianismo y el sabelianismo 322
  - El lenguaje trinitario 325
  - Distinciones entre las tres personas 330
  - La economía trinitaria, analogías y argumentos 336
  - El consejo del Dios Trino 344
  - El reto de Pelagio 347
  - Supra e infralapsarianismo; re모strancia 351
  - La providencia y las objeciones a la predestinación 355
  - La predestinación y la reprobación 357
- 10. Creador de cielos y tierra** 367
- La Creación y sus rivales religiosos 367
  - La Creatio *ex nihilo* a manos del Dios Trino 372
  - El tiempo y el objetivo de la Creación: una cosmovisión cristiana 377
  - El cielo: el mundo espiritual 382
  - Los ángeles en la Escritura 385
  - El ministerio de los ángeles 390
  - La tierra: el mundo material 395
  - La “semana” de la creación y la ciencia 397
  - La Biblia y la geología 403
  - De la Creación a la preservación: la providencia 410
  - Preservación, concurrencia, gobierno 416

### TERCERA PARTE: LA HUMANIDAD Y EL PECADO

- 11. La imagen de Dios** 427
- Los orígenes de la humanidad 427
  - La naturaleza humana 435
  - El destino humano 449
  - El pacto de las obras 450
  - Otros paradigmas del destino humano 454
  - Los orígenes de la humanidad: el destino comunitario 456

- 12. El mundo caído** 463  
El origen del pecado 463  
La extensión universal del pecado 479  
Realismo y federalismo 489
- 13. El pecado y sus consecuencias** 502  
El carácter religioso del pecado 502  
La esencia del pecado 507  
Variedades y grados de pecado 512  
El castigo por el pecado 516  
El sufrimiento y la muerte 524

**CUARTA PARTE: CRISTO EL REDENTOR**

- 14. El unigénito del Padre** 533  
El pacto de la gracia 533  
El pacto de la redención, la naturaleza y la elección 538  
La persona de Cristo como mediador 545  
Las dos naturalezas de Cristo 552  
La centralidad de la Encarnación 557  
La humanidad y la divinidad de Cristo 561
- 15. El Siervo salvador: la humillación de Cristo** 571  
Religión, cultura, redención y sacrificio 571  
Jesús el mediador 583  
La muerte del Cristo obediente por nosotros 591
- 16 El Señor Cristo exaltado** 605  
Por la muerte y la humillación a la vida y la exaltación 605  
Los pasos de la exaltación de Cristo: la resurrección, la ascensión, la sesión y el regreso 611  
La reconciliación (expiación) 616

**QUINTA PARTE: EL ESPÍRITU SANTO Y LA  
SALVACIÓN EN CRISTO**

- 17. El orden de la salvación** 633  
El camino de salvación 633  
Agustín y la amenaza del pelagianismo: la Reforma 639  
La visión moderna del concepto 649  
El camino de salvación y la verdad trinitarios 661

- 18. El llamado y la regeneración** 673  
 El llamado de Dios 673  
 El nuevo nacimiento 677  
 La naturaleza y el alcance de la regeneración 686
- 19. La fe y la conversión** 697  
 El conocimiento de la fe 697  
 La regeneración, la fe y el conocimiento 708  
 La conversión y el arrepentimiento 714  
 La mortificación y la vivificación 723  
 La confesión del pecado, la penitencia y el castigo 729
- 20. La justificación, la santificación y la perseverancia** 735  
 El perdón 735  
 La justificación es forense e imputada 747  
 La santificación: la santidad como don y recompensa 756  
 La santificación y la crítica de la justificación 763  
 Las buenas obras, el perfeccionismo y la perseverancia 769

**SEXTA PARTE: EL ESPÍRITU CREA UNA  
 NUEVA COMUNIDAD**

- 21. La Iglesia como realidad espiritual** 779  
 La esencia espiritual de la iglesia 779  
 Unidad y catolicidad 782  
 Tangentes de la Reforma: el pueblo de Dios 786  
 Las características de la iglesia 794  
 Los atributos de la iglesia 799  
 La iglesia como organismo e institución 801  
 Cristo es el rey de la iglesia 814  
 El poder espiritual de la iglesia 822  
 Los oficios y asambleas de la iglesia 832
- 22. Los medios de gracia del Espíritu** 846  
 Los medios de gracia 846  
 La proclamación de la Palabra 849  
 El Espíritu, la Palabra y el poder 854  
 Los sacramentos 856  
 El bautismo 870  
 El modo y manera del bautismo: el bautismo infantil 876



## ÍNDICE

- La cena del señor 886
- El propósito de la Cena 897

### SÉPTIMA PARTE: EL ESPÍRITU HACE NUEVAS TODAS LAS COSAS

- 23. El estado intermedio** 909
  - La cuestión de la inmortalidad 909
  - Y tras la muerte, ¿qué? 920
  - Entre la muerte y la resurrección 933
- 24. El retorno de Cristo** 943
  - Visiones del fin 943
  - El quiliasmo 951
  - Israel, el milenio y el retorno de Cristo 957
- 25. La consumación** 979
  - El Día del Señor 979
  - Las alternativas al castigo eterno 990
  - La renovación de la Creación 1000
  - La amplitud de la misericordia divina 1008
- Índice escritural** 1015
- Índice onomástico** 1051
- Índice temático** 1063

# PRÓLOGO

## ISRAEL GUERRERO

### HACIA UNA DOGMÁTICA REFORMADA PARA EL MUNDO HISPANO

La esencia de la religión cristiana consiste en la realidad de que, lo que el Padre ha creado —que el pecado ha arruinado—, queda restaurado en la muerte del Hijo de Dios y recreado por la gracia del Espíritu Santo formando un reino de Dios

*Herman Bavinck*

La religión cristiana es esencialmente trinitaria. Por lo tanto, la vitalidad de la Iglesia está íntimamente ligada a la glorificación y el gozo que encontramos al conocer el amor de Dios revelado en la gracia de Jesucristo y experimentado en la comunión del Espíritu Santo. Debido a esto, la gloria del Dios trino se convirtió en el principio fundamental de la vida y teología de Herman Bavinck (1854-1921). Este fue el cimiento y propósito del tratado teológico que hoy, gracias a Editorial Clie, tienes en tus manos: la versión condensada en un solo volumen de su *Dogmática reformada*. Sin embargo, y con el deseo de aprovechar mejor esta obra, es importante considerar brevemente dos cosas: la figura de Bavinck y algunas implicancias prácticas de la naturaleza teológica de su tratado doctrinal.

#### HERMAN BAVINCK

Herman Bavinck nació en 1854 en el pueblo de Hoogeveen, Holanda. Hijo de Jan Bavinck (1826-1909), un pastor de la Iglesia Cristiana Reformada (*Christelijke Gereformeerde Kerk*), cuyos orígenes eclesiásticos se

remontan a la Secesión de 1834 (*Afscheiding*).<sup>1</sup> Esbozar la historia de la iglesia reformada holandesa nos permitirá comprender y apreciar en mayor profundidad el pensamiento de Bavinck.

La ortodoxia evangélica neerlandesa fue consolidada a través de la suscripción confesional indicada en las Tres Formas de Unidad, es decir, a través de la doctrina expresada en la Confesión Belga (1561), el Catecismo de Heidelberg (1563) y los Cánones de Dordrecht (1618-19). Sin embargo, un mero conocimiento intelectual no era suficiente para crecer en la vida cristiana. La doctrina cristiana debía impactar el intelecto, los afectos, la voluntad y todas las áreas de la sociedad. Es por eso que, a mediados del siglo XVII, se desarrolló un movimiento denominado “*Nadere Reformatie*” (en holandés significa “reforma más profunda o íntima”). Frente al nominalismo protestante, los pastores reformados que conformaban este movimiento hicieron un enérgico llamado a vivir de acuerdo con lo que confesaban. Así, el objetivo de la *Nadere Reformatie* fue unir la doctrina (*leer*) con la vida (*leven*). En otras palabras, la naturaleza práctica y holística de este movimiento no involucraba un rechazo de los fundamentos doctrinales clásicos de la ortodoxia cristiana, sino una profundización en doctrina y práctica.<sup>2</sup> Sin embargo, a comienzos del siglo XVIII, este movimiento fue decayendo. Un pietismo de corte más separatista y el impulso del racionalismo pavimentaron el camino para dejar de lado aquel viejo calvinismo que, con un corazón ardiendo, se entregaba “pronta y sinceramente” al Señor.

A comienzos del siglo XIX, la teología protestante holandesa se vio influenciada y moldeada por el espíritu de la Ilustración y la Revolución, trayendo como consecuencia una oposición tanto a los dogmas fundamentales del cristianismo —expresados en el Credo Niceno, por ejemplo— como también a la doctrina reformada expresada en las Tres Formas de Unidad. Lamentablemente, la predicación evangélica fue reemplazada por predicaciones moralistas, que con sus dichos reflejaban una antítesis

1. Para esta introducción, utilicé la siguiente bibliografía: James Eglinton, *Bavinck: A Critical Biography* (Grand Rapids: Baker Academic, 2020); *Trinity and Organism. Towards a New Reading of Herman Bavinck's Organic Motif* (London: Bloomsbury T&T Clark, 2012); Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*. Vol I—IV, traducido por John Vriend y editado por John Bolt (Grand Rapids: Baker Academic, 2003—2008); *Christian Worldview* (Wheaton: Crossway, 2019). A menos que se indique lo contrario, las citas de la *Dogmática reformada* de Herman Bavinck corresponden a la versión de este libro. En caso contrario, son traducciones propias del holandés o el inglés a partir de la literatura mencionada previamente u otras fuentes.

2. Ver Joel Beeke, “The Dutch Second Reformation (Nadere Reformatie)”, en *Calvin Theological Journal* 28 (1993).

del pensamiento de Juan Calvino (1509-63) y la *Nadere Reformatie*.<sup>3</sup> Así, la teología modernista holandesa comenzaba a gestarse a través de dichos como “*Niet de leer, maar het leven... niet de leer, maar de Heer*”, es decir, “No [a] la doctrina, pero sí [a] la vida... no [a] la doctrina, pero sí al Señor”.

Frente a este contexto, y ante la intervención del Estado en asuntos eclesiásticos, se levantaron algunos pastores que se opusieron a los principios revolucionarios. Esta oposición se fundamentó en el inquebrantable compromiso con la Palabra de Dios y los estándares confesionales reformados.<sup>4</sup> Fue en este contexto donde Jan Bavinck —el padre de Herman— experimenta su conversión, educando posteriormente a su hijo en un ambiente familiar nutrido tanto por la herencia calvinista experiencial de los viejos teólogos reformados, como también por un aprecio al respecto de los desarrollos científicos y sociales de la modernidad. Es justamente este punto lo que ayudará a desarrollar un aspecto clave en la persona de Bavinck: ser un teólogo ortodoxo y moderno. En otras palabras, Bavinck comienza a desarrollar una teología reformada contextualizada a la época y los desafíos de la modernidad. De esta manera —junto con Abraham Kuyper— comienza a ser parte del desarrollo de un movimiento conocido como “neo-calvinismo”.

Luego de estudiar por un año en el seminario conservador de su denominación en Kampen, Herman comienza a estudiar teología en la Universidad de Leiden, centro del modernismo y liberalismo teológico. La decisión de trasladarse a Leiden no debe ser vista como un abandono de la fe ortodoxa y experiencial, sino todo lo contrario. Al contar con el apoyo de sus padres (Jan Bavinck era pastor en Kampen), Herman estudia en Leiden desde 1874 a 1880 bajo profesores cuyas presuposiciones teológicas eran muy distintas de las del joven Herman. Sin embargo, fue la rigurosidad académica la que motivó a Bavinck a estudiar en Leiden. De manera notable, durante este periodo, el joven estudiante fue influenciado por Johannes H. Donner (1824-1903), pastor reformado de la misma denominación a la que Herman y su familia pertenecían. Dicho sea de paso, fue en Leiden donde Bavinck reafirmó su fe al participar por primera vez en la Santa Cena en octubre de 1875.<sup>5</sup> Así, Bavinck fue consolidando una

3. Calvino, como también los teólogos escolásticos reformados de la *Nadere Reformatie* abogaban por la unión entre la doctrina y la vida. De hecho, para Herman Bavinck, “la vida y doctrina eran una en [Calvino]”. Ver Herman Bavinck, *Calvin and Common Grace*, traducido por su amigo Geerhardus Vos (1862-1949).

4. En este contexto ocurre la Secesión de 1834 (*Afscheiding*).

5. Posteriormente, Bavinck escribirá un libro devocional al respecto de la piedad del cristiano al participar de la Santa Cena. Herman Bavinck, *De offerande des lofs*:

formación teológica que tomaba en serio la academia, la confesionalidad y la práctica de la piedad. La profunda mezcla y relación de estos tres elementos llevaron a Herman a pensar, desarrollar y aplicar una teología cristiana cuya esencia era ortodoxa y, a la vez, contaba con una gramática moderna que consideraba la época en la que estaba viviendo.

Mientras sus profesores en Leiden negaban puntos esenciales de la fe cristiana, la fe evangélica de Bavinck se robustecía al entrar en contacto con otro pastor que previamente había experimentado una cierta conversión de un cristianismo reformado liberal a un cristianismo reformado más ortodoxo y experiencial. De hecho, fue el pastor Donner quien introdujo a Bavinck a conocer a aquel hombre que había sido uno de los fundadores del primer partido político moderno en Holanda, el partido “anti-revolucionario”. Aquel hombre era el mismo que Bavinck había conocido previamente en su periodo como estudiante en Kampen, y que, además, se estaba levantando como uno de los líderes del neo-calvinismo. Aquel hombre fue Abraham Kuyper (1837-1920). De hecho, Herman Bavinck se convertiría en uno de los exponentes principales de este movimiento.

La figura de Bavinck no puede ser entendida sin una correcta comprensión del movimiento neo-calvinista. Es clave detenernos en este punto para reflexionar en torno a qué es el neo-calvinismo holandés, en especial para que este no sea confundido con el *new calvinism* (nuevo calvinismo) desarrollado actualmente en contextos norteamericanos. De igual manera, es importante dedicar algunas líneas para no igualarlo completamente con movimientos desarrollados posteriormente y que bebieron del neo-calvinismo, tales como la filosofía reformacional.

Entonces, ¿qué es el neo-calvinismo? Fue un movimiento que comienza en la segunda mitad del siglo XIX y termina en los primeros años de la segunda década del siglo XX en Holanda, con la muerte de sus principales líderes (Kuyper y Bavinck). Frente al liberalismo teológico —que se reflejaba en predicaciones moralistas en los púlpitos y también en el rechazo de la ortodoxia clásica cristiana—, Kuyper y Bavinck se levantan para recuperar y desarrollar las antiguas verdades cristianas en un nuevo contexto. En otras palabras, Bavinck y Kuyper recuperaron y aplicaron la devoción y confesionalidad del *viejo* calvinismo dentro de los desafíos que planteaba el *nuevo* contexto social de la modernidad tardía. Por una parte, esto lo podemos ver en las reediciones de obras de teólogos escolásticos

---

*overdenkingen vóór en na de toelating tot het heilige avondmaal* (Gravenhage: Fred. H. Verschoor, 1901). Actualmente, este libro se está traduciendo al español y lleva por título *El sacrificio de la alabanza: meditaciones antes y después de la admisión a la Santa Cena*.

reformados como Franciscus Junius (1545—1602) y Gisbertus Voetius (1589—1676) por parte de Abraham Kuyper, como también en la nueva edición de la clásica “Teología sistemática reformada” del siglo XVII —la *Synopsis Purioris Theologiae*— por parte de Bavinck. Por otra parte, los dos pastores no solamente se quedaron en la recuperación de la vieja ortodoxia, sino que también fueron capaces de desarrollar y aplicar una teología contextualizada al escribir artículos sobre ciencia, arte, política y educación desde principios reformados.

Ante las corrientes teológicas revolucionarias que se infiltraban en las iglesias y universidades holandesas, Kuyper se levantaba para decir que todo el orden creacional debía reflejar el fin por el cual todo fue creado: la gloria de Dios. Una frase que resume la cosmovisión reformada del neo-calvinismo nace justamente en la universidad fundada por el propio Abraham Kuyper. En octubre de 1880, en plena inauguración de la Universidad Libre de Ámsterdam, Kuyper expresó que “no hay una pulgada cuadrada en todo el campo de la existencia humana sobre la que Cristo, que es Señor sobre todo, no clame ‘¡mío!’”.<sup>6</sup>

Fue en esta universidad donde Bavinck comienza un nuevo periodo en su vida al ser nombrado como profesor de teología en 1902 —luego de casi dos décadas enseñando en el seminario de Kampen— para así preparar una segunda edición de su *Dogmática reformada*. Notablemente, durante este periodo visita por segunda vez Estados Unidos (1908) para exponer en las *Stone Lectures* del viejo Princeton. Ahí expuso sobre la temática de “la filosofía de la revelación”, donde años antes Abraham Kuyper había presentado sus famosas “Conferencias sobre el calvinismo” (1898). Al mismo tiempo, Herman Bavinck continuó siendo un constante predicador mientras seguía involucrado en asuntos sociales a través de su participación política y sus escritos sobre educación, filosofía, ciencia y otras áreas. Luego de participar en un sínodo de su iglesia en 1920, sufre un ataque al corazón. Desde ese momento, su salud se vio debilitada. El 29 de julio de 1921 muere aquel profesor de teología que, a la vez, fuera un pionero en la psicología cristiana, un político involucrado en la reforma educacional (acentuando la educación femenina), un predicador y hombre de ciencia que, en su lecho de muerte, exclamó a uno de sus visitantes el deseo de que, luego de entrar al cielo, pudiera regresar momentáneamente a la tierra “para dar testimonio a todo el pueblo de Dios, e incluso al mundo, de aquella gloria [celestial]”. Sin duda, su teología abarcaba todo

6. Ver la traducción de este discurso en la página web: <http://estudiosevangelicos.org/soberania-de-las-esferas/>

el orden creacional porque estaba enraizada y nutrida en la gloria y el conocimiento del Dios trino que experimentamos por fe aquí en la tierra y por visión en el cielo.

### DE *GEREFORMEERDE DOGMATIEK* A DOGMÁTICA REFORMADA

Volviendo un poco más atrás y luego de terminar sus estudios doctorales en 1880 en Leiden, Bavinck acepta el llamado pastoral de una congregación en Franeker en 1881. Un año después es elegido profesor de teología en el seminario teológico de Kampen. Ahí comienza a juntar el material para sus clases que posteriormente servirán para escribir su tratado doctrinal. Desde el comienzo, este proyecto tendrá una naturaleza teológica. Mientras que uno de los profesores de Leiden expresaba que la teología debía ser *secularizada*, Bavinck expresaba en su discurso de inicio de clases —“La ciencia de la teología sagrada” (1883)— que la teología debía ser *teologizada*. Con la presuposición de que la teología debía ser teocéntrica, Bavinck enseña dogmática reformada, juntando el material necesario para publicar durante su periodo en Kampen la primera edición de su obra magna en cuatro volúmenes, desde 1895 a 1901. Posteriormente, una segunda edición revisada verá la luz entre 1906 y 1911, durante su periodo como profesor en la Universidad Libre de Ámsterdam.

Desde aquel entonces —y hasta el año 2003—, los estudiantes evangélicos tuvieron acceso a la teología de Bavinck de manera indirecta a través de la teología sistemática de Louis Berkhof (1873-1957). Una rápida mirada a la literatura que Berkhof presenta al final de los capítulos nos muestra que la *Gereformeerde dogmatiek* de Bavinck fue uno de sus principales recursos. Así, varias generaciones de estudiantes hispanos bebieron indirectamente del destilado bavinckiano ofrecido por Berkhof cuando su teología sistemática fue traducida al español en 1969 por T.E.L.L. Posteriormente, el mundo anglosajón tuvo por primera vez acceso directo a la *Dogmática reformada* de Herman Bavinck cuando sus cuatro volúmenes fueron traducidos al inglés por John Vriend y editados por John Bolt durante los años 2003 y 2008.<sup>7</sup>

7. El primer volumen de la *Dogmática reformada* de Herman Bavinck trata sobre el “prolegómeno”, el segundo sobre “Dios y la creación” (con capítulos), el tercero sobre “el pecado y la salvación en Cristo” y el cuarto sobre “el Espíritu Santo, la Iglesia y la nueva creación”. Al considerar la segunda edición, el volumen I contiene 22 capítulos; el volumen II, 17 capítulos; el tercer volumen, 9 capítulos; y, finalmente, el cuarto volumen contiene 14 capítulos. Es importante mencionar que, en 1951, William Hendriksen realizó una traducción al inglés de la sección sobre “la doctrina de Dios” del segundo volumen de la *Gereformeerde dogmatiek*.

Si bien la *Dogmática reformada* (que hasta el día de hoy no ha sido traducida al español en su totalidad de cuatro volúmenes) está dirigida a los pastores, académicos y estudiantes de teología, John Bolt realizó en inglés una *condensación* de un volumen a partir de los cuatro volúmenes. De esta manera, un público más general tuvo acceso a un destilado más puro y directo de la teología de Bavinck. Hoy, por primera vez, este resumen está disponible para todos aquellos que quieran seguir creciendo en el conocimiento de Dios a través de la lengua castellana.<sup>8</sup> Si bien hay varias cosas que podrían ser destacadas en este tratado teológico, quisiera mencionar brevemente tres: su naturaleza teológica, su catolicidad y su conexión con la ética.

### TEOLOGÍA TEOLÓGICA

El lector comprenderá inmediatamente a través del capítulo uno la naturaleza teológica de la teología de Herman Bavinck. Lo anterior no presenta una redundancia de palabras, sino la profunda convicción teocéntrica de la esencia de la ciencia sagrada a lo largo de toda su carrera como teólogo. Así, Bavinck es capaz de expresar que la teología dogmática “describe para nosotros a Dios, siempre Dios, de principio a fin: Dios en su ser, Dios en su Creación, Dios contra el pecado, Dios en Cristo, Dios destruyendo toda oposición por medio del Espíritu Santo y guiando a toda la Creación devuelta al objetivo que decretó para ella: la gloria de Su nombre”. Si bien este tratado apuntaba a un público más académico,<sup>9</sup> esto no significaba que la teología en general fuera una ciencia árida dirigida solo a unos pocos. Por el contrario, el estudio doctrinal conduce al hombre a adorar a su creador y redentor con toda la mente y el corazón. En sus palabras, “la teología dogmática no es una ciencia aburrida y áspera. Es una teodicea, una doxología de todas las virtudes y las perfecciones de Dios, un himno de adoración y de acción de gracias, un “gloria a Dios en las alturas” (Lucas

8. Es importante mencionar que la condensación realizada por John Bolt en un volumen no corresponde a *Magnalia Dei: Onderwijzing in de Christelijke Religie naar Gereformeerde Belijdenis* (“Las maravillosas obras de Dios: Instrucción en la religión cristiana de acuerdo con la confesión reformada”) que fue traducida al inglés por Henry Zylstra en 1956. La traducción al español de la versión condensada por John Bolt llega a tiempo para introducir la *dogmática reformada* de Bavinck (que, con sus cuatro volúmenes, presenta una mayor profundidad académica) a un público más general.

9. Dentro de las obras de Herman Bavinck, podemos encontrar varios escritos dirigidos a un rango más amplio de personas, incluyendo algunos de carácter más devocional (*El sacrificio de la alabanza*) o para el crecimiento intelectual y espiritual de los cristianos (*De Zekerheid des geloofs* o *La certeza de la fe*).



2:14). La teología habla de Dios, y debe reflejar un tono doxológico que lo glorifique”.

### CATOLICIDAD REFORMADA

El tono teocéntrico no indica una novedad teológica por parte de Bavinck, sino más bien una total dependencia de las Escrituras como el fundamento de la teología que, a la vez, no excluye la obra que el Espíritu Santo ha realizado a lo largo de los siglos al respecto de la sistematización y el desarrollo del dogma cristiano. La verdad evangélica del mensaje cristiano es tan rica que se encuentra en la diversidad y universalidad de la Iglesia de Cristo presentada a lo largo de toda su historia. En otras palabras, Bavinck fue primeramente un teólogo cuya confesionalidad reformada era nutrida por todo cristiano que, de una u otra manera, y en distintos periodos de la historia, proclamaba las verdades Escriturales. Esto es parte de lo que llamamos una catolicidad reformada. Esta actitud católica-evangélica fue también compartida por otros teólogos del siglo XIX, como por ejemplo, el misionero y profesor escocés de la *Free Church of Scotland* (Iglesia Libre de Escocia), John “*Rabbi*” Duncan (1796-1870), el cual expresó sabiamente lo siguiente: “Primero soy un cristiano, luego un católico, entonces un calvinista, cuarto un paidobautista y quinto un presbiteriano. Yo no puedo revertir este orden”.<sup>10</sup>

De esta manera, los credos y confesiones de fe deben ser considerados como uno de los frutos de la promesa de Cristo —las puertas del Hades no prevalecerán contra la Iglesia— que no pueden ser desechados a la hora del estudio doctrinal. El motivo de esto se debe a que el teólogo confiesa una comunión de los santos que sobrepasa el contexto histórico en el cual él vive. Así, la *Dogmática* de Bavinck no solamente presenta pie de páginas que refieren a Calvino u otros teólogos de su propia tradición eclesiástica, sino que también presenta citas de los padres de la Iglesia, teólogos medievales y modernos. Cuando esto es considerado, podemos entender por qué Bavinck escribió en el prólogo de la primera edición de su obra magna que “Ireneo, Agustín y Tomás [de Aquino] no pertenecen exclusivamente a Roma; ellos son Padres y Doctores hacia quienes toda la iglesia cristiana tiene obligaciones”.<sup>11</sup> En otras palabras, la teología de Bavinck era cristiana, católica y reformada.

10. John Duncan, *Colloquia Peripatetica (Deep-sea soundings)* (Edinburgh: Edmonston & Douglas, 1871), 8.

11. Herman Bavinck, *Gereformeerde dogmatiek Eerste deel. Inleiding-Principia* (Kampen: J.H. Bos., 1895), iii.

Esta catolicidad se basaba en la verdad de Cristo y el amor por la iglesia. Así, el teólogo cristiano considera una total contradicción la realización de los estudios teológicos que dejen fuera tanto el fundamento Escritural como la comunión con los santos. Es por eso que, en el prolegómeno de su obra magna, Bavinck expresa que “un teólogo estará plenamente pertrechado para cumplir su misión si vive en comunión de fe con la Iglesia de Cristo y confiesa la Escritura como el único y suficiente fundamento (*principium*) del conocimiento de Dios”. Notablemente, el carácter católico y reformado de Bavinck lo llevó a decir que, si bien la tradición cristiana a la que el suscribía era “relativamente la afirmación más pura de la verdad”, su tradición “no era la única y verdadera”.<sup>12</sup> En otras palabras, Bavinck fue un calvinista que, debido a que en primer lugar fue un cristiano católico reformado, fue capaz de decir que “el calvinismo no es la única verdad”. Así, vemos un necesario fruto de un sano estudio teológico, un cristianismo humilde. Y, en este caso en particular, un calvinismo humilde. Este aspecto es el resultado de la conexión que encontramos entre dos disciplinas particulares: la dogmática y la ética.

#### DOGMÁTICA Y ÉTICA REFORMADA

Herman Bavinck no solamente enseñaba dogmática en Kampen, sino también ética. Mientras juntaba el material para escribir su tratado teológico, también lo hacía para sus clases de ética. La clave para un sano estudio teológico se desarrolla cuando consideramos lo que Dios ha hecho por nosotros —dogmática— y cómo nosotros debemos responder en amor sobre la base de la gracia de Dios que obra en nuestras vidas —ética. De esta manera, vemos un eco de lo planteado por Juan Calvino en el comienzo de su *Institución de la religión cristiana* al respecto de la suma de la verdadera y sólida sabiduría: el conocimiento de Dios y el conocimiento del hombre. En palabras de Bavinck:

La dogmática describe las obras de Dios hechas por, para y en los seres humanos; la ética describe lo que ahora los seres humanos renovados hacen sobre la base de y en la fuerza de aquellas obras divinas. En dogmática los seres humanos son pasivos; reciben y creen. En la ética, ellos mismos son agentes activos. En la dogmática, se tratan los artículos de la fe. En la ética, los preceptos del decálogo [Diez Mandamientos]. En el primero [dogmática], se trata lo que concierne a la fe. En el segundo [ética], lo que concierne al amor, la obediencia y las buenas obras. [...] Las

12. Ibid, iv.

dos disciplinas, lejos de enfrentarse como dos entidades independientes, juntas forman un solo sistema; son miembros relacionados de un solo organismo.<sup>13</sup>

Esta relación orgánica, donde profundizamos en el ser y las obras de Dios para luego responder con todo nuestro ser en amor a Dios y al prójimo, llevó a Bavinck a enseñar en sus clases de ética que “después de todo, el propósito de la ética es que nosotros crezcamos en gracia y [así] no quedarnos en el nivel de la teoría”.<sup>14</sup> Esto lo podemos ver reflejado en el desarrollo de una cosmovisión (*wereldbeschouwing*) que no solamente apuntaba a una “visión del mundo”, sino más bien a una “visión del mundo y de la vida”. De esta manera, la profundización y el desarrollo de una teología y una ética reformada lo llevaron a desarrollar una cosmovisión reformada que desafiaba el pensamiento dualista de su contexto moderno. Al describir la discordia interna de la edad moderna como la “desarmonía entre nuestro pensar y sentir, entre nuestro desear y actuar”, como el “conflicto entre religión y cultura, entre la ciencia y la vida”, Bavinck expresa la necesidad de “una visión-del-mundo-y-vida (*wereld- en levensbeschouwing*) unificada”<sup>15</sup>. Así, la dogmática reformada sentó las bases para desarrollar una ética y cosmovisión neo-calvinista que reflejaban que Cristo era el Señor de cada centímetro cuadrado, tanto del universo como también del corazón.

## CONCLUSIÓN

La inclusión y el estudio de la versión condensada de la *Dogmática reformada* de Herman Bavinck por parte de las iglesias y seminarios evangélicos será de gran beneficio tanto para sus pastores como para los miembros en general. El deseo de adquirir una buena formación teológica por parte de distintas denominaciones cristianas puede ser sanamente afirmado si el aspecto teocéntrico, católico y ético son considerados a la hora del estudio y la enseñanza teológica. De esta manera, un tratado como este puede ayudar a la madurez espiritual de los estudiantes calvinistas, como también de aquellos que difieren de la tradición reformada. Por un lado, el aspecto gentil de Bavinck —al interactuar con teólogos de distinta

13. Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, Vol. I, 58.

14. Herman Bavinck, *Gereformeerde ethiek* [ética reformada], editado por Dirk van Keulen (Utrechtm KokBoekencentrum, 2019), 42.

15. Herman Bavinck, *Christelijke wereldbeschouwing: rede bij de overdracht van het rectoraat aan de Vrije Universiteit te Amsterdam op 20 oktober 1904* (Kampen: J. H. Bos, 1904), 6.

persuasión, reflejado en el esfuerzo por retratar lo más correctamente posible la posición de aquellos con los cuales discrepaba (evitando así los “hombres de paja”)— es algo que debe ser seriamente considerado en los contextos actuales. El uso de las redes sociales no debe ser un medio para quebrantar el noveno mandamiento al levantar falso testimonio contra aquellos que difieren en nuestras convicciones teológicas. Por otro lado, aquellos que suscriben a otra tradición cristiana podrán encontrar en este libro una representación general de la teología reformada que, en distintos grados, ayudará a eliminar las concepciones erradas que a veces se levantan en contextos populares o más académicos bajo el nombre de calvinismo. En resumen, el estudio serio de una dogmática reformada, nos debe llevar a crecer en una sana ética reformada.

Tal como mencioné anteriormente, la propuesta de “recuperación” y “desarrollo” teológico son fundamentales en nuestros distintos contextos eclesiales. Herman Bavinck nos invita a considerar la riqueza y humildad teológica al abrazar la obra de Dios a lo largo de los distintos siglos. Sin embargo, esta invitación no es una mera repriminación del pasado, sino que también involucra algo más: progreso teológico. Al considerar y abrazar estos principios teológicos, podemos hablar de la teología como una ciencia que no es conservadora ni progresista, sino más bien de una sagrada ciencia que progresa sobre la base del precioso tesoro que conserva: la gloria de Dios en y por sobre todas las cosas. En palabras de Bavinck, “al honrar el pasado, [la teología] construye sobre el fundamento que ha sido puesto hasta que esté completa y haya alcanzado su meta final. Por lo tanto, la teología no se detiene en Calcedonia ni en Dort”.<sup>16</sup> De esta manera, la teología cristiana reformada va creciendo y desarrollándose hasta llevar todas las cosas al fin último que es Dios mismo. La vitalidad de la teología evangélica está directamente relacionada con la recuperación de la teología cristiana clásica junto con su desarrollo y contextualización para el día de hoy.

Finalmente, para lograr esto es necesario reconocer la profunda dependencia de la persona y obra del Espíritu Santo. Los efectos transformacionales y santificadores del Pentecostés son absolutamente necesarios a la hora de enseñar o estudiar teología. Así, una buena teología está íntimamente ligada a una buena pneumatología. Abraham Kuyper, como representante de un neo-calvinismo holístico y experiencial terminó de esta manera sus “Conferencias sobre el calvinismo”:

16. Ver *On Theology: Herman Bavinck's Academic Orations*. Editado y traducido por Bruce R. Pass (Leiden: Brill, 2020) 57.

A menos que Dios envíe su Espíritu, no habrá ningún cambio. [...] Pero ustedes recuerdan el Arpa Eólica que a los hombres les gustaba poner fuera de sus ventanas para que la brisa pudiera convertir la música en vida. Hasta que el viento soplaba, el arpa permanecía en silencio; mientras que, nuevamente, a pesar de que el viento soplaba, si el arpa no se hallaba lista, un susurro del viento podía oírse, pero ni una nota de música etérea deleitaba el oído. Ahora bien, puede que el calvinismo no sea otra cosa sino un arpa eólica —absolutamente impotente, por así decirlo, sin el avivamiento del Espíritu de Dios—, pero aún sentimos que es nuestro deber impuesto por Dios preservar nuestra arpa y sus cuerdas entonadas correctamente, lista en la ventana de la Sion Santa de Dios, esperando el aliento del Espíritu.<sup>17</sup>

Así también, Bavinck planteó que “no hay teólogo, sino aquel que es enseñado por Él [Espíritu Santo]; no hay teología, sino aquella que es instruida por Él [Espíritu Santo]”.<sup>18</sup> En otras palabras, la teología cristiana, y en este caso, de tradición reformada, no solamente debe considerar la adquisición de un buen libro teológico, sino que, por sobre todo, debe orar y trabajar para ser enseñada por el Espíritu Santo en el contexto del pacto de gracia. De esta manera, nuestras teologías y éticas serán más trinitarias al ser diariamente transformados por el Espíritu Santo al contemplar la persona y obra de Cristo quien, al mismo tiempo, nos lleva a glorificar al Padre en todo el orden creacional a través de nuestras vocaciones y así, adorar al único Dios vivo y verdadero.

*Soli Deo Gloria*

**Israel Guerrero Leiva**

Edimburgo, Escocia

20 de julio, 2022

17. Abraham Kuypers, *Conferencias sobre el calvinismo* (Guadalupe, Costa Rica: Editorial CLIR), 248.

18. *On Theology: Herman Bavinck's Academic Orations*, 36.

# PRÓLOGO

## MIGUEL NÚÑEZ

La obra que tienes en tus manos llega a nuestras iglesias en el momento preciso, ya que la iglesia en el mundo hispanohablante se encuentra en un despertar que la está llevando a madurar su teología y su entendimiento de cómo esa teología debe derivar en una cosmovisión que se traduzca, a su vez, en un estilo de vida fruto de un carácter cristiano y que nos lleve a un comportamiento ético en la sociedad. Es precisamente esa realidad la que me hace pensar que la *Dogmática Reformada* de Herman Bavinck constituye un gran aporte para profundizar el pensamiento teológico del movimiento cristiano. Lo que acabo de mencionar es precisamente la forma como este gran teólogo holandés concebía la teología y la vida cristiana.

Probablemente, en el mundo hispanohablante muchos no estén familiarizados con la vida y obra de Herman Bavinck (1854-1921), ni como pensador, ni como teólogo de la tradición reformada. Su importancia es tal que J. I. Packer escribió, como endoso de su teología completa en 4 volúmenes, lo siguiente: “Al igual que Agustín, Calvino y Edwards, Bavinck fue un hombre con una mente gigante, de vasto conocimiento, de sabiduría incalculable y de gran capacidad expositiva”. Esas son palabras mayores, sobre todo cuando vienen de otro teólogo de tanto peso.

En su tiempo, Bavinck fue considerado como una de las mentes más privilegiadas, distinguiéndose no solo por su brillantez intelectual, sino también por su humildad, que le permitió interactuar con aquellos que diferían de él, siempre con respeto y representando sus ideas en el debate de manera balanceada y justa. De hecho, supo sostener amistades de calidad con pensadores y teólogos de otras tradiciones religiosas sin nunca comprometer la ortodoxia de la fe cristiana. Eso habla de su seguridad en Cristo, no sacudida por lo que otros pudieran pensar, ni tampoco molestada por ideas contrarias a sus convicciones. Su conocimiento de las Escrituras, su discernimiento espiritual, pero especialmente su entendimiento del Dios Trino sostuvieron su fe y su caminar de manera íntegra. Su actitud ante sus opositores es digna de imitar y sirve de espejo al espíritu contencioso de nuestros días dentro y fuera de la iglesia de Cristo.

Como profesor, se distinguió en la cátedra de teología de la Universidad Libre de Ámsterdam, fundada por Abraham Kuiper, a quien sustituyó en la enseñanza teológica cuando este último decidió dedicarse a otros asuntos también de peso, según su llamado.

Aunque la influencia de Bavinck fue sentida mayormente en Holanda, en una ocasión tuvo la oportunidad de viajar a Toronto para dirigirse a un grupo de iglesias reformadas de tradición presbiteriana (1892) y pudo viajar también a Estados Unidos más de una vez, reuniéndose en su primer viaje

a aquella nación con el Dr. B. B. Warfield, famoso profesor del Seminario Teológico de Princeton. Posteriormente, tuvo como discípulo al Dr. Louis Berkhof, muy conocido por su famosa teología reformada, quien llegó a ser el presidente del Seminario Teológico de Calvino por casi 20 años. Todo lo anterior habla mucho de la influencia de Herman Bavinck, de su convencimiento acerca de la teología reformada y de cuánto debemos a su legado.

El año pasado (2021) se cumplió el primer centenario de su muerte y apenas un año después está saliendo a la luz en español su obra teológica, la *Dogmática Reformada* de un solo volumen, que resume magistralmente su obra aún mayor de 4 volúmenes, que lleva el mismo nombre. Un siglo ha transcurrido desde su muerte; el tiempo, en vez de enterrar su influencia, ha traído más bien un redescubrimiento de la importancia del pensamiento de Herman Bavinck.

La teología de este pilar de la historia reformada estuvo siempre arraigada en la palabra de Dios, la cual supo analizar con especial discernimiento para brindar una teología trinitaria que tuviera aplicación para toda la vida del creyente, hasta el punto de desarrollar una versión ortodoxa de la ética cristiana, así como una visión bíblica del mundo y de la vida.

Esta cosmovisión reformada fue ofrecida por el movimiento neocalvinista de Holanda, iniciado por Abraham Kuyper, al cual se unió también Herman Bavinck. Este movimiento representó una oposición a las influencias modernistas de Holanda provenientes de la Revolución Francesa. Mas que cualquier otra cosa, Bavinck, al igual que Calvino, deseaba y enseñaba la necesidad de vivir para la gloria de Dios en todos los aspectos de la vida.

Al mismo tiempo, sus escritos revelan que no solo conoció la doctrina bíblica, sino también las discusiones que estas doctrinas habían originado a lo largo de los diferentes períodos de la historia de la iglesia. Bavinck escudriñó la Biblia y enseñó teología como un teólogo; pero analizó la influencia del movimiento de la Iluminación (conocido en inglés como *Enlightenment*) y sus postulados con una mente científica para contrarrestar su impacto.

Para mí es de mucha satisfacción introducir esta obra con las más altas recomendaciones, dado el peso de la contribución teológica de este titán de la fe. De hecho, es más bien un privilegio el que se me haya pedido escribir este Prólogo. Quiera Dios usar esta obra para su gloria y para profundizar el ministerio pastoral y la vida de fe de todo lector de esta gran teología resumida en un solo volumen, lo cual facilita grandemente su comprensión.

*Soli Deo Gloria*

**Miguel Núñez, MD, Dmin.**

Pastor Titular Iglesia Bautista Internacional y  
Presidente Fundador, Ministerio Integridad y Sabiduría

# PRIMERA PARTE: PROLEGÓMENOS

## INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA DOGMÁTICA

1. LA TEOLOGÍA DOGMÁTICA COMO CIENCIA 35
2. LA HISTORIA Y LA LITERATURA DE LA TEOLOGÍA DOGMÁTICA 68
3. FUNDAMENTOS DE LA TEOLOGÍA DOGMÁTICA 94
4. LA REVELACIÓN 111
5. LAS SAGRADAS ESCRITURAS 147
6. LA FE 174



# 1. LA TEOLOGÍA DOGMÁTICA COMO CIENCIA

## TERMINOLOGÍA

[1] A lo largo de la historia de la Iglesia, los teólogos han empleado distintos términos para describir el estudio ordenado de la fe cristiana y el resumen de su contenido verídico.<sup>1</sup> Muchos teólogos protestantes del periodo inmediatamente posterior a la Reforma comenzaron a seguir los *Loci communes* (“Lugares comunes”) del luterano Felipe Melanchtón para designar los diversos temas de la teología con el nombre de *loci*.<sup>2</sup> Este término, una traducción del griego τοποι, procede de escritores clásicos como Cicerón, quien lo aplicaba a las reglas o lugares generales en los que un retórico podría encontrar los argumentos necesarios a la hora de tratar un tema dado. En otras palabras, los *loci* eran las bases de datos, los textos de prueba que utilizaban los debatientes como fuentes del material con el que respaldar sus argumentos. Para los teólogos que deseaban servir a la Iglesia, los *loci* eran los lugares donde podían buscar las aseveraciones de la Escritura sobre un tema concreto.

1. Un ejemplo: *Sobre los principios* (Orígenes); *Institutione divinae* (Lactancio); *Enchiridion* o *Manual breve* (Agustín); *Sentencias* (Pedro Lombardo); *Summa Theologiae* (Tomás de Aquino); *Loci communes* o *Lugares comunes* (Felipe Melanchtón); *Institución de la religión cristiana* (Juan Calvino).

2. Nota del ed.: así, una obra teológica reformada tradicional, como la *Teología sistemática* de Louis Berkhof, en una edición nueva de un solo volumen (Grand Rapids: Eerdmans, 1996 [1932; 1938]), 74, divide el material en seis *loci*: doctrina de Dios (teología), doctrina de la humanidad (antropología), doctrina de Cristo (cristología), doctrina de la salvación aplicada (soteriología), doctrina de la Iglesia (eclesiología), y doctrina de las últimas cosas (escatología).

Cuando Melanchtón escribió sus *Loci communes*, la primera gran obra de la teología evangélica reformada, comentaba en ella las *Sentencias* de Pedro Lombardo y la epístola a los Romanos del apóstol Pablo. El resultado final fue un esbozo de las verdades principales de la fe cristiana tal como se enseñan en la Escritura, distribuidas en una serie de rúbricas o categorías básicas como Dios, la Creación, el pecado, la ley, la gracia, la fe, la esperanza, el amor y la predestinación. Su objetivo era instruir a los fieles sobre las enseñanzas de la Biblia.

Con el paso del tiempo, a medida que las posteriores generaciones de teólogos quisieron disponer de un tratamiento más sistemático de las verdades de la fe, el término *loci* cayó en desgracia, mientras aumentaba el uso del término *theologia*. Sin embargo, por sí solo, *theologia* no hacía justicia a los distintos tipos de literatura que servían a la Iglesia, y se añadieron calificadores como “didáctica”, “sistemática”, “teórica” o “positiva”, para distinguir esos vistazos *sumarios* de la enseñanza de la ética bíblica o la teología “moral”, así como de la teología “práctica” o pastoral. Al final, se añadió el término “dogmática” para describir este tipo concreto de *theologia*.<sup>3</sup> “Dogmática” tiene la ventaja de arraigar semejante estudio en las enseñanzas normativas o dogmas de la Iglesia. Los dogmas son verdades expresadas en la Escritura como hechos que cabe creer. Aunque una verdad confesada por la Iglesia no es un dogma *porque* esta lo reconozca, sino solamente porque descansa sobre la autoridad de Dios, el dogma religioso es siempre una combinación de autoridad divina y confesión eclesial. Los dogmas son verdades *reconocidas* por un grupo determinado, aunque la enseñanza de la Iglesia no debe identificarse jamás con la propia verdad divina.

[2] La palabra *dogma*, del griego *dokein* (“ser de la opinión”) denota lo que es definido, lo que se ha decidido, y por consiguiente está fijo. Así, los Padres de la Iglesia hablan de la religión o doctrina cristiana como *el dogma divino*; de la encarnación de Cristo como *el dogma de la teología*; de las verdades de la fe que tienen autoridad en y para la Iglesia como *los dogmas de la Iglesia*, etc. Aquí se incluyen verdades doctrinales y normas para la vida cristiana que están establecidas, y no quedan abiertas a la duda. Según las distintas autoridades, hay una disparidad de dogmas. El dogma político descansa en la autoridad del gobierno civil, mientras que los dogmas filosóficos extraen su autoridad de la evidencia o de la argumentación. Como contraste, los dogmas religiosos o teológicos deben su autoridad exclusivamente a un testimonio divino, tanto si este es

3. Uno de los primeros fue L. Reinhart, *Synopsis theologiae dogmaticae* (1659).

percibido, como entre los paganos, partiendo de un oráculo, como si lo es entre los cristianos protestantes, que parten de la Escritura o, entre los católicos romanos, del magisterio de la Iglesia. La tradición reformada no admite otra verdad que la que se desprende de la autoridad de Dios en las Sagradas Escrituras. “La Palabra de Dios cimienta los artículos de la fe, y más allá de ella no hay nadie, ni siquiera un ángel”.<sup>4</sup> Los dogmas, los artículos de fe, son solo aquellas verdades que “se exponen adecuadamente en la Escritura como cosas que hay que creer”.<sup>5</sup> Por consiguiente, entre los teólogos reformados, el principio del que se destilan todos los dogmas teológicos es: *Deus dixit*, “Dios lo ha dicho”.

El concepto de dogma también contiene un elemento social. La verdad siempre intenta ser honrada como verdad, y la autoridad de los dogmas depende de su capacidad de suscitar un reconocimiento, y por consiguiente sustentarse. Aunque una proposición dada es cierta en y por sí misma si descansa sobre la autoridad de Dios aun exenta de todo reconocimiento humano, va destinada (y tiende de forma inherente) a que la reconozcamos como tal. El dogma nunca puede estar en paz con el error y el engaño. Por lo tanto, es de la máxima importancia que todo creyente, y sobre todo los teólogos, sepan qué verdades escriturales, bajo la guía del Espíritu Santo, han alcanzado un reconocimiento universal en la Iglesia de Cristo. Después de todo, mediante este proceso, la Iglesia se libra de confundir de inmediato una opinión privada con la verdad de Dios.

Es decir, que la Iglesia de Cristo tiene una responsabilidad al respecto de los dogmas. Para preservar, explicar, entender y defender la verdad de Dios que se le ha confiado, la Iglesia está llamada a apropiársela mentalmente, asimilarla internamente y profesarla en medio del mundo como la verdad de Dios. La capacidad de la Iglesia para establecer dogmas no es soberana y legislativa; es un poder de servicio para la Palabra de Dios. Aun así, Dios ha concedido esta autoridad a su Iglesia; lo permite para que pueda confesar la verdad de Dios y formularla oralmente y por escrito, y la autoriza para ello. La labor del teólogo dogmático es examinar cómo surgieron genéticamente los dogmas de la Iglesia a partir de la Escritura y cómo, de acuerdo con esa misma Escritura, deben expandirse y enriquecerse. El teólogo dogmático busca la coherencia interna de la enseñanza de la Escritura y su plena expresión. En esta labor, el teólogo está guiado

4. *The Smalcald Articles*, II.2, en el vol. 3 de *The Creeds of Christendom*, ed. Philip Schaff y rev. David S. Schaff, 6ª ed., 3 vols. (Nueva York: Harper & Row: 1931; reimp. Grand Rapids: Baker Academic, 1990).

5. A. Hyperius, *Methodi theologiae, sive praecipuorum Christianae religionis* (Basilea: Oporiniana, 1574), 34-35.

por las confesiones de la Iglesia, pero no está limitado por sus fronteras históricas y particulares.

Así se evidencia una tensión en el hecho de que el dogma religioso o teológico combina la autoridad divina con la confesión eclesial, planteando al teólogo dogmático el reto de determinar la relación entre la primera y la segunda. El dogma eclesial nunca es equivalente a la verdad absoluta de Dios, dado que la guía del Espíritu Santo prometida a la Iglesia no excluye la posibilidad del error humano. Al mismo tiempo, es errado devaluar el propio dogma como una aberración temporal de la pura esencia de un evangelio no dogmático, como hacen muchos teólogos modernos.<sup>6</sup> La oposición al dogma no es una objeción general al dogma como tal, sino un rechazo de dogmas *específicos* que *algunos* consideran inaceptables. Adolf von Harnack, en su *History of Dogma*, por ejemplo, desarrolló la idea de que el dogma cristiano era un producto del espíritu griego que operaba en el sustrato del evangelio<sup>7</sup> y, junto con muchos otros, buscó la *esencia* del cristianismo en una convicción moral general producida en el alma humana que dice que Dios es nuestro Padre, que todos somos hermanos y hermanas, y que el reino de Dios existe en el alma del individuo.<sup>8</sup> Harnack no rechazó todos los dogmas, sino que simplemente colocó uno nuevo en lugar de los antiguos dogmas del cristianismo histórico. En la religión, los dogmas son ineludibles; uno que abogue por la verdad de la religión no puede hacerlo sin dogmas, y siempre reconocerá dentro de ella elementos inalterables y permanentes. Una religión sin dogmas, por difusa y general que sea, no existe; y un cristianismo no dogmático, en el sentido estricto de la palabra, es un espejismo y carece de sentido. Sin fe en la existencia de Dios, en la revelación y en la posibilidad de conocerlo, no es posible ninguna religión. Quienes afirman que no son dogmáticos indican simplemente su desacuerdo con dogmas *concretos*; el rechazo del

6. Nota del ed.: a esto hay que añadir los “teólogos posmodernos”, que sustituyen el contenido doctrinal por el discipulado cristiano en sus ataques contra la “verdad proposicional”, que consideran una forma de imperialismo cultural; ver, p. e., Carl Raschke, *The Next Reformation: Why Evangelicals Must Embrace Postmodernism* (Grand Rapids: Baker Academic, 2005); para una crítica, ver, *inter alia*, Andreas Köstenberger, ed., *Whatever Happened to Truth* (Wheaton: Crossway, 2006).

7. Adolf von Harnack, *History of Dogma*, trad. N. Buchanan, J. Millat, E. B. Speris y W. McGilchrist, y ed. A. B. Bruce, 7 vols. (Londres: Williams & Norgate, 1896-99), I, 17.

8. A. von Harnack, *What Is Christianity?*, trad. Thomas Bailey Saunders (Nueva York: Harper, 1957). Nota del ed.: para un resumen y una crítica más completos de esta postura, ver H. Bavinck, “The Essence of Christianity”, en *Essays on Religion, Science and Society*, ed. John Bolt, trad. Harry Boonstra y Gerrit Sheeres (Grand Rapids: Baker Academic, 2008), 33-47.

dogma cristiano ortodoxo es, en sí mismo, muy dogmático. Por lo tanto, la discrepancia no radica en la pregunta sobre *si* la religión exige dogmas; radica en *qué* dogmas uno afirma o rechaza.

Por último, la palabra “dogma” se emplea a veces con un sentido más amplio o, incluso, también más restringido. En ocasiones denota la religión cristiana como un todo, incluyendo los artículos de fe sacados de la Escritura y los ritos y ceremonias de la Iglesia. Sin embargo, por norma, el vocablo se usa en un sentido más restringido para las *doctrinas* de la Iglesia, para los artículos de fe que se basan en la Palabra de Dios y, por consiguiente, obligan a todos a la fe. Por lo tanto, la teología dogmática es el sistema de los artículos de fe.

[4] No obstante, este entendimiento formal de la dogmática es limitado. Tenemos que seguir adelante hasta el contenido material de los dogmas. La teología dogmática, ¿trata de “la doctrina de Dios, primariamente, y de las criaturas en tanto en cuanto se relacionan con Dios como su fuente y fin”, tal como la definió, por ejemplo, Tomás de Aquino?<sup>9</sup> Preocupados por la aplicación “práctica” de la teología, algunos se sienten inclinados a desplazar el énfasis a la persona humana necesitada de la salvación o a la vida cristiana del discipulado como punto focal.

El avance hacia un concepto más subjetivo y práctico de la teología recibió un gran impulso gracias a la filosofía de Immanuel Kant (1724-1804). Negando que podamos *saber* nada sobre Dios, dado que definía “conocimiento” estrictamente en términos de la experiencia sensorial de los fenómenos de este mundo, Kant intentó rescatar la fe exponiendo como verdades *morales* la existencia de Dios, el alma y su inmortalidad. Así, el dogma posee el estatus de una convicción de fe personal arraigada en motivos morales. Los teólogos decimonónicos que siguieron a Kant compartieron su convicción metafísica básica de que a Dios no se lo puede *conocer*, solo es posible *creer* en él.<sup>10</sup> Para Friedrich Schleiermacher (1768-1834), el contenido de la fe cristiana no es nada más que la piedad y la fe de los creyentes cristianos en un momento dado. En sus propias palabras: “Las doctrinas cristianas son narrativas de los afectos religiosos cristianos expresados mediante el habla”, y “la teología dogmática es la ciencia que sistematiza la doctrina prevaleciente en una iglesia cristiana en un momento determinado”.<sup>11</sup> Otros, como Albrecht Ritschl (1822-89),

9. T. de Aquino, *Summa Theol.*, vol. I, Preg. 1, art. 3, 7.

10. Nota del ed.: ver Claude Welch, *Protestant Thought in the Nineteenth Century*, 2 vols. (New Haven: Yale University Press, 1972, 1985).

11. F. Schleiermacher, *The Christian Faith*, ed. y trad. H. R. McIntosh y J. S. Steward (Edimburgo: T&T Clark, 1928), §§15, 19.

siguieron a Kant más directamente al elaborar el contenido de la fe cristiana en términos estrictamente ético-morales, mientras que Ernst Troeltsch (1865-1923) convirtió en objeto de investigación y resumen teológicos el estudio científico histórico, psicológico y comparativo de las religiones. Cuando la teología dogmática se convierte en nada más que en una descripción del fenómeno histórico que se llama fe cristiana deja de ser teología y se convierte simplemente en el estudio de la religión.<sup>12</sup>

El estudio histórico, social y psicológico de una religión concreta, incluyendo la cristiana, es una disciplina válida y apropiada. Lo que resulta problemático es la afirmación de que ese estudio es *todo* lo que puede hacerse legítimamente; que no podemos *saber* lo que *creemos*. Tanto si los motivos son filosóficos como apologeticos, convertir la teología en estudios religiosos supone eludir la cuestión de la verdad. La sobrecarga que esto echa sobre los practicantes de la teología es intolerable; el alma humana se rebela contra los actos de ignorar o negar en la academia lo que uno confiesa en la iglesia. La mente humana no es capaz de esta teneduría doble de libros, esta concepción dual de la verdad. Lo que suele pasar en realidad es que la confesión cristiana cede ante una ciencia de la religión que afirma carecer de prejuicios. La academia se arroga el manto del conocimiento y de la ciencia al estudiar la religión *científicamente*, y relega la teología dogmática a un seminario eclesial centrado en la experiencia de fe y en la práctica del ministerio. En tanto en cuanto un estudio de la religión cristiana sea “científico”, solo puede ser descriptivo.

[5] Pero la ciencia apunta a la *verdad*, y si la teología dogmática pretende ser ciencia real, no puede satisfacerse con la descripción de lo que *es*, sino que debe demostrar lo que *necesariamente* debe considerarse verdad. La teología cristiana debe resistirse a quienes le dan la espalda a toda metafísica, dogma y teología dogmática, y que piensan que la religión es cuestión de estados subjetivos de la mente. Entonces la religión queda reducida a un asunto de sentimiento y de estado de ánimo, y no a ideas que son verdaderas o falsas. Supone un error oponerse al árido intelectualismo de la teología con un quiebre radical hacia el sentimiento. La religión cristiana se afirma o se derrumba sobre la verdad de nuestro *conocimiento* de Dios; si a Dios no se lo puede conocer, si a Dios no se lo conoce, la propia religión se viene abajo. Así, la teología cristiana depende para existir de la convicción firme de que a Dios *se lo puede* conocer, que *se ha revelado* a la humanidad y que *podemos* hablar de ese conocimiento de

12. Nota del ed.: para un debate más profundo sobre este tema, ver H. Bavinck, *Essays on Religion, Science and Society*, caps. 1, 3.

forma ordenada. La teología dogmática es (y solo puede existir como) el sistema científico del conocimiento de Dios. Más concretamente y desde un punto de vista cristiano, la teología dogmática es el conocimiento de que Dios se ha revelado en su Palabra a la Iglesia, explicando quién es y qué relación mantiene con todas las criaturas.

[6] No a todo el mundo le gusta esta interpretación de la teología. Algunos objetan contra la idea de que a Dios se lo puede *conocer*, así como contra la afirmación de que es posible o debe intentarse un examen científico sistemático de este conocimiento. Los objetores insisten en que la fe cristiana no tiene que ver con el intelecto, sino con una relación *personal* con Dios en Cristo que da como resultado una vida de santidad. Aducen que, si queremos hablar de conocimiento, este será de un tipo muy distinto; llamémoslo *fe-conocimiento*.<sup>13</sup> La objeción contra una teología especulativa y racionalista que pierde de vista la fe y el lugar que ocupa el corazón es comprensible y correcta. Sin embargo, *sustituir* el sentimiento o la conducta moral por el conocimiento confunde las categorías y crea graves dificultades. Cuando hablamos de la “fe-conocimiento”, debemos preguntarnos: ¿nuestra fe tiene un objeto real? Si decimos que *creemos* en Dios, ¿existe Dios verdaderamente, es decir, objetivamente, o solo tiene que ver con nuestra conciencia *subjetiva*? Por mucho que apreciemos la inquietud de quienes insisten en que *la manera* mediante la que llegamos al conocimiento de Dios es distinta a los medios por los que obtenemos el conocimiento de este mundo y su contenido, no podemos eludir la cuestión de la verdad. Es cierto que no creemos que Dios existe, en primer lugar, *porque* alguien nos ha presentado una abundancia de datos y de evidencias que convence a nuestra razón. Llegamos a conocerlo mediante la fe, y no mediante la percepción sensorial externa de las cosas. Pero no podemos aislar nuestro intelecto de nuestra fe-conocimiento; la fe es la facultad mediante la cual llegamos a conocer, no es la *fuentes* de la fe. Es muy cierto que Dios no puede, como pasa con los fenómenos naturales y los hechos históricos, ser objeto de una investigación empírica. Para que Dios sea cognoscible tiene que haberse revelado no solo en actos, sino también en palabras. El conocimiento objetivo que necesitamos para la teología dogmática procede de la revelación divina. Decir que la teología dogmática es el sistema del conocimiento de Dios sirve para atajar toda especulación autónoma; supone decir que a Dios no podemos conocerlo sin su revelación, y que el conocimiento de Dios al que aspiramos en la

13. P. e., Julius Kaftan, *The Truth of the Christian Religion*, trad. George Ferries, 2 vols. (Edimburgo: T&T Clark, 1894).

teología solo puede ser una transcripción del conocimiento que Dios ha revelado sobre sí mismo en su Palabra.

## LA TEOLOGÍA COMO LA CIENCIA DE DIOS

[7] Nuestra misión hoy en día consiste en enmarcar todo el conocimiento cristiano de acuerdo con el modo en que se desarrolla partiendo de la fe evangélica. El conocimiento de Dios que examinamos y resumimos debe ser siempre el conocimiento de la fe. Al mismo tiempo, insistimos en que Dios se ha revelado a sí mismo de tal manera que partiendo de esa revelación podemos aprender a *conocerlo* por la fe. Además, si la revelación de Dios contiene un *conocimiento* real de Dios, también se puede abordar científicamente y reunirlo dentro de un sistema. Los teólogos están vinculados a la revelación de Dios de principio a fin, y no pueden exponer verdades nuevas; solo pueden, como pensadores, reproducir la verdad que Dios ha concedido. Dado que la revelación tiene una naturaleza que solo se puede aceptar y apropiarse mediante la fe que salva, es absolutamente imperativo que un teólogo dogmático esté activo como creyente al principio, la continuación y la conclusión de su trabajo. Un teólogo cristiano nunca puede llegar a un conocimiento que esté por encima de la fe cristiana. Precisamente porque existe la fe-conocimiento genuina de Dios, la teología dogmática tiene el conocimiento de Dios como parte de su contenido, y puede afirmar con justicia que es una ciencia.

Esto les resulta extraño a muchos cristianos modernos, porque al pensar en la “ciencia” tienen en mente las ciencias *naturales* como la Física, la Química, la Biología y la Geología. Aquí es exactamente donde encontramos el problema: en la tiranía del empirismo y del naturalismo.<sup>14</sup> Es un error ceder terreno al materialismo de cualquiera de estas posturas filosóficas, dado que cada vez es más evidente que incluso las “más duras” de las ciencias físicas, como es la Física, incorporan, en tanto en cuanto son ciencias, cierto grado de subjetividad. A menudo, lo que uno acepta como “hechos” viene determinado por sus compromisos religiosos y filosóficos *a priori*. Por supuesto, lo que creemos ver y el modo de interpretar lo que pensamos haber visto no están sujetos al capricho arbitrario; el escepticismo es tan injustificado como la credulidad. Al mismo tiempo, la objetividad científica totalmente inalterada es un mito. Es absolutamente inútil silenciar toda subjetividad en un científico, y negar la influencia en

14. Nota del ed.: “empirismo” combinado con “naturalismo” (o “materialismo”) es la convicción de que la realidad natural, material, es todo lo que puede conocerse, y que solo es cognoscible mediante los sentidos.



el estudio científico que tienen la fe, las convicciones religiosas y morales, la metafísica y la filosofía. Uno puede intentarlo, pero nunca tendrá éxito, porque al erudito no se lo puede separar nunca del ser humano.

[8] Teniendo en mente esto, podemos hablar con toda justicia de la teología dogmática como una ciencia sobre Dios, y no hay objeción alguna a que reunamos en un sistema este conocimiento de él.<sup>15</sup> Por “sistema” entendemos simplemente el proyecto científico habitual de reunir el cuerpo de conocimientos de una disciplina concreta en un todo inteligible, coherente, con sentido y ordenado. Desde diversos lugares se plantean objeciones a la idea de un “sistema”, sobre todo procedentes de poetas y de críticos literarios que se resisten a la abstracción necesaria para realizar una teología sistemática o dogmática. Un comentario típico sería: “La Biblia no se escribió como teología sistemática... [sino como una narración]... con imágenes e historias”.<sup>16</sup>

Debemos admitir que de vez en cuando esta objeción es válida; la teología se puede exponer pobremente y parecer una materia abstracta, inerte, intelectualmente árida. Al mismo tiempo, el mal uso o el abuso de ella no invalidan su uso. Dentro de la teología dogmática no hay sitio para un sistema que intenta deducir las verdades de la fe de un principio *a priori*, sea este la esencia de la religión, la esencia del cristianismo, el hecho de la regeneración o la experiencia del devoto. Esto es especulación, y cabe rechazarla. La teología dogmática es una ciencia positiva que reúne su material de la revelación, y que no tiene derecho a modificar o a ampliar ese contenido mediante la especulación desconectada de esa revelación. Cuando debido a las limitaciones o a la debilidad humana, un teólogo se enfrenta a la elección entre simplemente permitir que las verdades de la fe estén una junto a otra o, en aras de mantener la forma sistemática, no logra hacer justicia a una de ellas, debemos abandonar el sistema.<sup>17</sup> Los teólogos deben resistirse a la tentación de dejar que el

15. Nota del ed.: en un nivel muy básico, el carácter científico de la teología dogmática se puede defender destacando que “los teólogos también usan notas al pie”. “Científico”, como el término tan distorsionado “escolasticismo”, se refiere a un método *formal* de proceder con el contenido de una disciplina, no determina su contenido. Ver nota 19 abajo.

16. Nota del ed.: Luci Shaw, *Image: A Journal of the Arts* 41, n° 4 (invierno 2003-4): 96.

17. Nota del ed.: el teólogo holandés reformado Hendrikus Berkhof capta muy bien los límites del “sistema” cuando incluye, como epígrafe a su *Christian Faith: An Introduction to the Study of the Faith*, trad. Sierd Woudstra (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), los siguientes versos de Alfred Tennyson: “Nuestros pequeños sistemas tienen su día / Tienen su día y dejan de ser: / No son sino luces rotas de Ti / Y tú, oh Señor, eres más que ellos”.

sistema gobierne todo. Pero estos dilemas se producen porque los teólogos somos finitos y limitados. En Dios no hay conflicto; los pensamientos de Dios no pueden oponerse unos a otros; forman necesariamente una unidad orgánica. La labor imperativa de un teólogo es tener los mismos pensamientos que tiene Dios, rastrear su unidad, absorberla mentalmente y expresarla en una obra teológica. La única responsabilidad del teólogo consiste en seguir los mismos pensamientos de Dios y reproducir la unidad que se encuentra objetivamente presente en esos pensamientos, y que se ha plasmado para el ojo de la fe en la Escritura.

La labor del teólogo es la de un siervo y, como sucede con toda obra científica, exige modestia. La confianza de un teólogo procede de la convicción: Dios ha hablado. Así, un teólogo ocupa su lugar dentro de la comunidad de fe y admite qué enriquecedor privilegio y qué honor supone trabajar con la revelación de Dios *en sometimiento* a las Sagradas Escrituras. El conocimiento de Dios, establecido en su Palabra, *se ha concedido a la Iglesia*. La misión de la Iglesia consiste en proclamarlo al mundo y, también por este motivo, una parte del llamado de todo creyente consiste en aprender a conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo entendimiento, profundizar la fe por medio del conocimiento, para que el fin último de la teología, como el de todas las cosas, sea que el nombre del Señor sea glorificado. La teología existe para el Señor.

[11-12] Es necesario defender la verdad de la teología contra los adversarios de la fe (apologética), además de aplicarla a la vida del discipulado cristiano (ética). La ética teológica no se puede separar de la teología dogmática; nuestra conducta debe gobernarse en función de quiénes somos como seres humanos restaurados. Totalmente dependientes de Dios para la vida y la salvación, seguimos siendo agentes responsables. Mientras que la teología dogmática describe los actos de Dios por nosotros y en nosotros, la ética teológica define qué deben hacer ahora aquellos por los que y en los que Dios ha actuado, con amor y con gracia. Así, la teología dogmática se relaciona estrechamente con el credo: confesar lo que Dios ha hecho; la ética teológica se ocupa de los preceptos y los mandamientos de Dios. La teología dogmática es el sistema del conocimiento de Dios; la ética se ocupa del servicio a Dios.

[13] El material para construir una teología dogmática procede de las Sagradas Escrituras, la enseñanza de la Iglesia y la experiencia cristiana. Desde el principio, la Escritura constituyó la norma de fe y el fundamento de toda teología. Tanto el Antiguo Testamento como los escritos apostólicos tenían autoridad en las iglesias de Cristo, y se consideraban fuentes de conocimiento. El dogma es aquello que enseñaron Cristo y los apóstoles;

la Escritura era la norma de fe (*regula fidei*) a la que estaban supeditadas la confesión y el dogma de la Iglesia. Desde la antigüedad, la prueba más importante del dogma eclesial fue extraída de la Escritura. El testimonio y la enseñanza de los apóstoles, orales y escritos, eran el estándar por el cual evaluar la verdad sobre Jesucristo; esto dio forma y se convirtió en el *canon* de la Iglesia cristiana.

A medida que las generaciones posteriores desarrollaron liturgias bautismales, declaraciones de fe y guías pastorales para la conducta, un número creciente de escritos post-apostólicos se convirtió en parte importante de la norma de fe para la Iglesia.<sup>18</sup> A medida que la Iglesia se extendía al resto del mundo y se interrelacionaba con él, se volvió necesario clarificar y afirmar la norma de fe frente a las enseñanzas espurias. La Iglesia requirió un liderazgo firme frente a una amplia gama de sectas y de herejías, y por necesidad, los obispos fueron adoptando un papel cada vez más sólido como defensores de la enseñanza apostólica. Debido a esto surgió la idea de que los obispos eran los sucesores legítimos de los apóstoles y los portadores de la verdad cristiana, quienes, en virtud de la “gracia de la verdad” que les había sido concedida, tenían potestad para decidir cuál era la verdad cristiana pura, apostólica. A lo largo de este proceso, la enseñanza de los obispos se convirtió en “la norma de la verdad”, y la autoridad de la Escritura se sumió en las tinieblas.

[14] En la Edad Media se produjeron protestas contra la devaluación de la Escritura en la Iglesia, que proliferaron durante la época de la Reforma. El protestantismo rechaza una y otra vez los intentos de elevar la tradición por encima de la Escritura, e intenta renovar el fundamento que tiene la Iglesia en ella. Muchas veces, durante la historia de la teología cristiana, se hacen apelaciones a un cristianismo sencillo, práctico y bíblico, que evite la llamada teología “escolástica”.<sup>19</sup> Si bien cabe alabar estos esfuerzos dada su intención, tampoco podemos pasar por alto el hecho de que durante el periodo posterior a la Reforma, bajo la influencia del pietismo y del

18. Incluyendo obras como la *Didaché*, *El pastor de Hermas*, *Carta a Diogneto* y los escritos de los Padres apostólicos como Ignacio (ca. 35-107 d. C.), Justino Mártir (110-165 d. C.) e Ireneo (120-202 d. C.).

19. Nota del ed.: a menudo se usa “escolasticismo” como un término peyorativo; se dice que indica un intelectualismo árido y una “ortodoxia muerta”. Para un resumen y una crítica de este paradigma, ver Richard A. Muller, “Scholasticism and Orthodoxy in the Reformed Tradition: An Attempt at Definition”, discurso inaugural, Calvin Theological Seminary, 7 de septiembre de 1995. Publicado por el Calvin Theological Seminary. Bien entendido, “escolasticismo” se refiere a un *método*, el método de las escuelas. Cf. Richard A. Muller, *Post-Reformation Reformed Dogmatics*, vol. 1, *Prolegomena to Theology*, 2ª ed. (Grand Rapids: Baker Academic, 2003), 34-37.

racionalismo, esta pasión por la “teología bíblica” fue también un grito de batalla contra la confesión de la Iglesia. Supone un error elevar la tradición por encima de la Escritura; también lo es usar la Escritura para denigrar o menoscabar la tradición eclesial. La buena tradición de la Iglesia no es más que la manera en que esta comprende la Escritura, el fundamento de su comprensión de sí misma como el cuerpo de Cristo creado por el Espíritu Santo y por el testimonio y la enseñanza apostólicos. Oponer la Escritura a la enseñanza de la Iglesia es tan nocivo como separar el corazón de la mente, el sentimiento del conocimiento. El único objetivo de la teología dogmática es exponer los pensamientos de Dios que él ha plasmado en la Sagrada Escritura.

[15-17] No todo lo que se describe a sí mismo como “bíblico” es necesariamente fiel a la tradición apostólica ni útil teológicamente. El pietismo que se vuelve a la experiencia cristiana subjetiva como sustituto del interés por la verdad cristiana en el dogma prepara el camino para una visión filosófica moderna del tema, apartándose de la realidad objetiva. Para filósofos como René Descartes (1596-1650), Immanuel Kant (1724-1804) y Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), y teólogos como Friedrich Schleiermacher (1768-1834) y Albrecht Ritschl (1822-89), la experiencia subjetiva reemplazaba al conocimiento como fundamento de la teología, que a su vez estaba separada de la ciencia y de la metafísica. Tomando como punto de partida la conciencia cristiana, se hicieron algunos intentos por fundamentar la teología en la moralidad (Kant y Ritschl), en el sentimiento de dependencia absoluta (Schleiermacher) o en el despliegue del Espíritu universal (Hegel). Para conservar la objetividad en las disciplinas teológicas, un cambio de orientación condujo al énfasis sobre el estudio científico de la religión, su historia y su psicología. Había que examinar el cristianismo desde los puntos de vista histórico y crítico, de igual modo que alguien estudia las demás religiones del mundo.<sup>20</sup> Si uno llega a la conclusión de que el cristianismo, pongamos por caso, es superior a otras religiones, los motivos deben ser empíricos e históricos; no se permite apelación alguna a la revelación divina.

[18] Este enfoque no carece de dificultades graves. No debería objetarse nada a los estudios empíricos de las tradiciones religiosas, incluyendo el cristianismo. Puede haber grandes beneficios al examinar las dimensiones histórica, social y psicológica de la fe, incluso para una teología dogmática

20. Una figura clave es el teólogo y filósofo alemán Ernst Troeltsch (1865-1923). Nota del ed.: para un análisis más completo de estos temas, ver Herman Bavinck, *Essays on Religion, Science and Society*, sobre todo los caps. 1 y 3.

cristiana. Resulta un proceso fascinante, por no decir útil, observar desde un ángulo psicológico fenómenos religiosos como la conversión, la fe, la oración, la devoción, el éxtasis, la contemplación u otros.<sup>21</sup> Además, es un error pasar por alto o negar la importancia de los factores confesionales y culturales en los tratados dogmáticos. Nadie está libre de los prejuicios de haber crecido en la Iglesia y en contextos particulares. Siempre somos productos de nuestro trasfondo, incluyendo nuestra educación eclesial. Sin embargo, también es un error significativo exagerar tales factores y reducir la teología a una obra descriptiva usando métodos científicos (“historia de las religiones” o “psicología de la religión”) como *el* método correcto para la teología dogmática.

La objetividad pura, una ciencia carente de presuposiciones, es imposible para toda investigación, incluso en las ciencias físicas o naturales. Esto es especialmente cierto de los estudios que abordan los anhelos y expresiones más profundas del alma humana. Un investigador que carezca de sensibilidades y convicciones religiosas está tan incapacitado para estudiar la religión como alguien que no distingue los tonos lo está para ser crítico musical. Estas convicciones personales se inmiscuirán en su juicio. ¿Cómo determina uno el estándar de una religión “verdadera” o “buena”? Resulta francamente imposible que los seres humanos lo hagan por su cuenta; hacerlo responsablemente exige la revelación divina. Nadie aborda las religiones del mundo sin tener cierta idea de lo que es la religión, qué aspecto tiene una religión sana y cuál otra es una deformación. Nadie puede adoptar una actitud de neutralidad absoluta frente al estudio de la religión y tratar todas las religiones equívocamente. En determinado momento, se evidenciarán los compromisos religiosos del propio investigador.

Es hora de que aquellos que intentan crear una teología autorizada partiendo de los datos empíricos de la religión cristiana por sí sola admitan la imposibilidad de su propósito. En la ciencia, es una meta loable ser objetivos: intentar llegar a una teología dogmática que nazca de la concreción de la comunidad cristiana tal como se experimenta y se vive, basada no en ideas abstractas sino en hechos. Hasta aquí todo bien. Pero

21. Nota del ed.: véase Herman Bavinck, *The Philosophy of Revelation* (Nueva York: Longmans, Green, 1909); reimpr. Grand Rapids: Eerdmans, 1953; Grand Rapids: Baker Academic, 1979), 209. Aquí Bavinck sugiere que la teología dogmática cristiana, “sobre todo en la doctrina del *ordo salutis*, debe volverse más psicológica”. Sigue su propia sugerencia con un notable análisis de la conversión en relación con el desarrollo psicosexual de los adolescentes, en H. Bavinck, *Reformed Dogmatics*, ed. John Bolt (Grand Rapids: Baker Academic, 2003-8), III, 556-64 (##426-427a).

el camino que eligen los estudios históricos y psicológicos científicos de la religión no conduce ni puede conducir a esta meta. Supongamos que los académicos pudieran demostrar histórica y psicológicamente cómo se forma la religión, cómo crece, se desarrolla y entra en decadencia, algo que actualmente no pueden hacer ni es probable que consigan hacer jamás. Permitámosles también, si es necesario, demostrar estadísticamente que la religión es una potencia cultural de primer orden y que seguirá siéndolo en el futuro. ¿Cómo podrán deducir, partiendo de todo esto, que la religión se basa en la *verdad*, que subyace en ella una realidad invisible? En otras palabras, pidamos que demuestren que la creencia en Dios es universal, que el ateísmo es infrecuente y se opone a la intuición. Pero entonces hay una pregunta ineludible: “¿Es real Dios?”. ¿O acaso la creencia en Dios es como creer en el Ratoncito Pérez, es decir, una mitología útil para los niños, pero de la que deberíamos desprendernos al crecer (y lo hacemos)? La respuesta a esta pregunta no puede obtenerse mediante el puro estudio empírico. Todo aquel que no haya adquirido esta convicción por otra ruta no llegará a ella, ciertamente, siguiendo los métodos de la historia de las religiones y de la psicología. Uno llega a la metafísica, a la filosofía de la religión, solo si mediante otra fuente ha obtenido la certidumbre de que la religión no es solo un fenómeno interesante (comparable con la creencia en las brujas y en los fantasmas), sino la verdad, la verdad de que Dios existe, se revela a sí mismo y es cognoscible. La religión y la fe deben preceder a la reflexión teológica; el teólogo debe ser una persona de fe, y el primer paso *teológico* para una persona de fe consiste en admitir la revelación.

#### EL PROBLEMA DE LA CERTIDUMBRE: LA IGLESIA Y LA ESCRITURA

[19] De lo dicho hasta ahora debería desprenderse que el método de la teología dogmática está determinado por sí en la religión, y concretamente en el cristianismo, existe alguna manera de llegar a la certidumbre que no sea la que normalmente se usa en la ciencia, sobre todo en las ciencias naturales. ¿Posee la teología un cierto grado de independencia al respecto de otras ciencias? A pesar de que pueda manifestar paralelos con la certeza humana general, ¿es a pesar de ello la certidumbre religiosa única y sigue su propio camino?<sup>22</sup> Consideraremos esto más adelante cuando hablemos

22. Nota del ed.: para un análisis iluminador y accesible de la certidumbre de fe en relación con otros tipos de certeza, véase Herman Bavinck, *The Certainty of Faith*, trad. H. der Nederlanden (Jordan Station, ON: Paideia, 1980).

de la revelación y de la fe.<sup>23</sup> Aun así, quizá unos comentarios sean útiles en este punto.

Está claro que existen diversos tipos y grados de certeza en la amplia gama de percepciones y conocimientos humanos. Existe una certidumbre que se adquiere mediante la *observación personal*; estamos absolutamente seguros de lo que vemos con nuestros ojos, oímos con nuestros oídos y tocamos con nuestras manos. Existe además un tipo de certidumbre *intuitiva* que, en virtud de la organización peculiar de nuestra mente, surge automática y espontáneamente sin ninguna compulsión y antes de cualquier reflexión racional. Por ejemplo, aceptamos intuitivamente y sin pruebas que una línea recta es la distancia más corta entre dos puntos, que la percepción sensorial no nos engaña, que el mundo que nos rodea existe de verdad, que las leyes de la lógica son fiables, que existe una diferencia entre lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo hermoso y lo feo, etc. Más allá de esto existe la certeza que se basa en *el testimonio de personas creíbles*, una certeza que tiene una gran importancia y que amplía sustancialmente nuestro conocimiento en la vida cotidiana y en el estudio de la historia. Por último, hay otro tipo de certidumbre que se adquiere mediante *el razonamiento y el respaldo de las pruebas*. Dentro de diversos ámbitos del conocimiento humano, incluyendo las distintas ciencias, nos veremos influenciados por diversas pruebas y tendremos distintos grados de certidumbre. Un amante no busca la certeza *matemática* antes de declarar su amor; normalmente, uno no requiere la certeza *química* de que los alimentos que va a tomar no contienen veneno. No existe ni un solo tipo de certidumbre que tenga la misma fuerza en todas las ciencias; la certidumbre obtenible en la ciencia matemática difiere de la que hallamos en la ciencia natural, y esta última es distinta a su vez de la que actúa en la historia, la moralidad, la ley, la filosofía, etc.

Pero, ¿qué hay de la religión? Parece evidente que la certidumbre religiosa no debe reducirse a lo que procede de nuestros sentidos o se deduce matemática y lógicamente de nuestra experiencia sensorial. Si Dios existe y es realmente Dios, no puede, *por definición*, estar contenido en nuestros sentidos y nuestro razonamiento. Un Dios accesible al que pueda invocar nuestra voluntad y esté bajo nuestro control no se puede decir que sea Dios. La religión posee un carácter propio, y debe tener una certeza también propia accesible para los sencillos y faltos de sofisticación, tanto como para los conocedores de la filosofía. Nuestra aptitud para Dios no

23. Nota del ed.: ver caps. 4 y 6 más adelante.

puede variar conforme a nuestra capacidad intelectual de abstracción y de especulación. Si la religión debe ser lo que se dice que es, a saber, el servicio a Dios, el amor a Dios con toda nuestra mente, corazón y fuerzas, entonces debe cimentarse en la *revelación*, en un mensaje de Dios que esté teñido de su autoridad. La autoridad divina es el fundamento de la religión, y por consiguiente la fuente y la base también de la teología. Todo esto está implícito de forma natural en el concepto y en la esencia de la religión.

El cristianismo satisface estos criterios. Objetivamente, afirma que Dios se revela a sí mismo en la naturaleza y la historia, y concreta y esencialmente en Cristo, una revelación general y otra especial. El cristianismo hace afirmaciones universales, y aun así se labra un espacio para sí. Subjetivamente, apela a una humanidad creada a la imagen de Dios (y conecta con ella), que, aunque está caída, no puede olvidar o borrar su origen divino, su naturaleza y su destino. Al mismo tiempo, el cristianismo dice que por naturaleza no podemos entender las cosas del Espíritu de Dios (1 Co. 2:14), sino que debemos nacer de nuevo y ser renovados para comprender la revelación de Dios y someternos a la autoridad de su Palabra. O bien uno cree que el cristianismo no difiere de otras religiones humanas, que existen muchas vías para alcanzar la verdad religiosa, o cree que Dios en Cristo es la máxima revelación y hace afirmaciones universales. En el primer caso la persona no está cualificada ni es capaz de escribir una obra de teología cristiana; el teólogo dogmático solo puede organizar su defensa dentro del círculo de la fe, si queremos que su obra sea veraz.

[20-21] Para que un teólogo trabaje con la realidad de Dios, este debe hablar primero. Si la teología debe tratar del conocimiento real, Dios debe ser cognoscible y haberse dado a conocer, y nosotros, las criaturas humanas, debemos tener la capacidad de conocer a Dios. Para que una teología sea cierta, la religión sobre la que se afirma la fe del teólogo debe ser cierta, y la fe del teólogo debe ser genuina. Una religión verdadera tiene su propio camino distintivo hacia el conocimiento y la certidumbre. Los teólogos cristianos deben situarse dentro del círculo de la fe y, mientras usan la tradición de la Iglesia y la experiencia personal, adoptar una postura sobre la realidad de la revelación. Un teólogo que se encuadre en la revelación, que se tome en serio las confesiones de la Iglesia, debe apropiarse personalmente de la fe cristiana. Esta es una realidad liberadora; posibilitó que figuras heroicas como Martín Lutero se opusieran a las falsas enseñanzas y a la mala conducta dentro de la Iglesia. Debemos obedecer a Dios en lugar de a los hombres.



Si el teólogo cristiano debe posicionarse sobre la fe basada en la revelación, ¿dónde encontramos esta? A lo sumo, surgen tres factores para tener en cuenta (la Escritura, la Iglesia y la conciencia cristiana), y los tres, a su vez, sucesivamente o en su conjunto, se han usado como fuentes de la teología cristiana. La Reforma regresó a la Sagrada Escritura y, junto con la antigua Iglesia cristiana, la reconoció como el único fundamento de la teología. Roma tiene la tendencia de elevar la tradición al rango de la Escritura, mientras que racionalistas y místicos por igual extraen el contenido de su teología de la materia religiosa. Desde Schleiermacher, buena parte de la teología se ha transformado, entre los teólogos ortodoxos, así como entre los modernos, en una teología de la conciencia. Esto queda reflejado en la inquietud entre muchos cristianos evangélicos por mantener “una relación personal con Jesús”, un llamado que en ocasiones se contrapone al “conocimiento intelectual”, la doctrina y la teología.

Como mucho, esta es una verdad a medias. La idea de que la buena teología es, ha sido siempre y debe ser personal es tan evidente por sí misma que no debería tener que mencionarse o exigirse expresamente. El conocimiento de Dios dado en la revelación no es abstracto e impersonal, sino el conocimiento vital y personal de la fe. La revelación objetiva en la Escritura debe complementarse con la iluminación subjetiva, que es el don del Espíritu Santo. Además, todas las obras académicas, incluyendo la teología dogmática, llevan el sello de sus autores. Precisamente porque una obra de teología dogmática no es un mero relato histórico, sino que expone lo que *deberíamos* creer, no puede eludir la influencia de la individualidad. Pero esto es algo muy diferente del concepto de que el teólogo está libre de toda limitación objetiva. La expectativa de que la teología doctrinal sea personal no debe conducir al capricho o a la arbitrariedad, como si el contenido de la fe no tuviera importancia. La voluntad de Dios es que le amemos también con la mente y pensemos en él de un modo que le honre. Con este fin nos dio la revelación, esa revelación a la que está totalmente sujeta la teología dogmática, de la misma manera que cualquier otra ciencia está atada a la materia que estudia. Si una obra de teología resulta ser solo subjetiva, y es por consiguiente el conocimiento individual de la fe cristiana personal de un individuo, ya no se puede considerar una obra de la teología dogmática cristiana. La dogmática solo puede existir si hay una revelación divina sobre cuya autoridad descanse y cuyo contenido despliegue.

El modo en que llegamos a conocer el contenido de la teología cristiana imita la manera en que llegamos a conocer cualquier otra cosa. También en el área de la religión somos producto de nuestro entorno. Recibimos

nuestras ideas e impresiones religiosas de aquellos que nos criaron y alimentaron, y en todo momento estamos atados al círculo en el que vivimos. En ningún ámbito de la vida el intelecto y el corazón, la razón y la conciencia, el sentimiento y la imaginación son la *fuerza* epistémica de la verdad, sino solo órganos mediante los cuales percibimos la verdad y nos la apropiamos. Somos receptores de una verdad que está fuera de nosotros y que es mayor que nosotros; no somos nuestros propios creadores, ni los hacedores de nuestros propios mundos. De la misma manera que físicamente estamos sujetos a la naturaleza y debemos recibir de ella alimento y bebida, refugio y vestido, también psíquicamente (en las artes, la ciencia, la religión y la moral) dependemos del mundo exterior a nosotros. En resumen, no somos autónomos.

Pretender la autonomía radical nos mete en el ámbito del deísmo o del panteísmo. El deísmo hace que los humanos sean independientes de Dios y del mundo, enseña la suficiencia absoluta de la razón y conduce al racionalismo. El panteísmo, por otro lado, enseña que Dios se revela a sí mismo y llega a la autoconciencia en los seres humanos, y fomenta el misticismo. Ambas posturas destruyen la verdad objetiva, abandonando a su suerte a la razón y al sentimiento, el intelecto y el corazón, y acaban en la incredulidad o la superstición. La razón critica a muerte a la revelación, y el sentimiento nos permite imaginar el mundo como deseamos y afirmar como dogma lo que nos parece bien. Por consiguiente, resulta notable que la Sagrada Escritura nunca refiere a los seres humanos a sí mismos como fuente epistémica y como estándar de la verdad religiosa. De hecho, ¿cómo podría hacerlo? Por naturaleza somos ciegos y corruptos en las imaginaciones de nuestros corazones. Para el conocimiento de la verdad, la Escritura siempre nos refiere a la revelación objetiva, al mensaje y a las instrucciones procedentes de Dios (Dt. 4:1; Is. 8:20; Jn. 5:39; 2 Ti. 3:15; 2 P. 1:19, etc.). Siempre que nos apropiamos personalmente por fe de la verdad objetiva, esa fe nunca es como un manantial del que brota el agua viva, sino un canal que conduce hasta nosotros un agua que procede de otra fuente.

[22] Partiendo de lo dicho hasta ahora, parecería que el método más correcto dentro de la teología es el de desarrollar una “teología bíblica”. Hay obras teológicas que afirman no hacer más que resumir las enseñanzas de la Escritura.<sup>24</sup> Sin embargo, esta definición carece de conciencia me-

24. Nota del ed.: podríamos decir que esta era la postura de Charles Hodge, quien definía así la labor del teólogo: “Recopilar, autenticar, disponer y exponer [las verdades de la Escritura] en la relación interna que mantienen entre sí”. C. Hodge, *Systematic*

todológica de sí misma. Nadie está absolutamente libre de todo prejuicio en relación con la Escritura, ni puede reproducir su contenido precisa y objetivamente. Todo creyente y todo teólogo reciben antes que nada sus convicciones religiosas de una comunidad de fe, aportan desde ese trasfondo una determinada comprensión del contenido de la revelación y observan la Escritura con ayuda de unas lentes que les han puesto sus iglesias. Todos los teólogos siguen, conscientemente o no, la tradición de la fe cristiana en la que nacieron y crecieron, y abordan la Biblia siendo reformados, luteranos o católicos romanos. También en este sentido, no podemos simplemente despojarnos de nuestro entorno; siempre somos hijos de nuestro tiempo, productos de nuestro trasfondo. Los manuales teológicos tienden a reflejar el punto de vista personal y eclesiástico de sus autores. Esto es inevitable. Cuando los teólogos intentan trascender la tradición cristiana para ser más puramente “bíblicos”, a menudo crean “nuevas” tradiciones propias que no son más objetivas (o “bíblicas”) que aquellas que sostienen quienes aceptan honestamente sus tradiciones eclesiásticas. Estas nuevas tradiciones demuestran ser menos duraderas que las tradiciones a las que sustituyeron. Irónicamente, cuando la tradición eclesiástica habla *en nombre de* la Biblia, suele ser más fiel a la Biblia.

Supone un error tratar la Biblia como un documento legal que cabe consultar cuando tengamos preguntas concretas. Está compuesta de muchos libros escritos por diversos autores, que pertenecen a distintas épocas y que tienen contenidos divergentes. Es un todo viviente, no abstracto, sino orgánico. No se nos ha dado para que repitamos mecánicamente sus palabras y expresiones exactas, sino para que nosotros, extrayendo de todo el organismo de la Escritura, como hijos e hijas libres y reflexivos, tengamos los mismos pensamientos de Dios. Esta es una labor exigente, que ninguna persona puede jamás hacer sola. La Iglesia recibió esta misión, y le fue dada la promesa de que el Espíritu la guiaría a toda verdad, una labor que ha requerido siglos. Aislarse de la Iglesia, es decir, del cristianismo como totalidad, de la historia del dogma en su globalidad, supone perder la verdad de la fe cristiana. Semejante persona se convierte en una rama que se desgaja del árbol y se marchita, un órgano que se extirpa del cuerpo y, por consiguiente, está condenado a morir. La longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor de Cristo solo se pueden entender dentro de la comunión de los santos (Ef. 3:18). No debemos escindir la teología bíblica de la teología dogmática,

---

*Theology*, 3 vols. (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1888), I, 1; ver también nota 27 más adelante.

como si una reprodujese el contenido de la Escritura y la otra expresara en otros términos los dogmas de la Iglesia. El único objetivo de la teología dogmática es exponer los pensamientos de Dios que él ha plasmado bajo la forma de las Sagradas Escrituras.

La teología dogmática hace esto de forma académica, según un estilo académico, y de acuerdo con un método académico. En este sentido, los eruditos reformados de los siglos anteriores defendieron la validez de la llamada teología escolástica distinguiéndola de una catequesis eclesial más básica. De este modo mantuvieron la unidad y el vínculo entre la fe y la teología, la Iglesia y la escuela, y mantuvieron en alto el carácter científico de la teología. Por elevados y maravillosos que sean los pensamientos de Dios, no son aforismos, sino que están constituidos como una unidad orgánica, un todo sistemático, que también se puede pensar y plasmar con una forma científica. La propia Escritura nos incita a esta labor teológica cuando, en toda ella, pone un poderoso acento no en la cognición abstracta, sino en la doctrina de la verdad, el conocimiento y la sabiduría.

[23] Por lo tanto, un buen método dogmático debe tener en cuenta la Escritura, la Iglesia y la experiencia cristiana (conciencia) para evitar que el teólogo tenga una visión parcial. Como norma, recibimos nuestras convicciones religiosas de nuestro entorno. Esto es cierto de todas las religiones, incluyendo el cristianismo. Cuando, como sucede a menudo, surgen dudas sobre las enseñanzas de una iglesia, podemos sentirnos atraídos por las doctrinas de otra iglesia cristiana histórica; hay bautistas que se hacen pentecostales, y luteranos que pasan a ser reformados. En tales casos, aunque el cambio es significativo, no se produce la pérdida de la propia religión ni de la identidad cristiana. Un dogma sigue siendo lo que está establecido y proporciona consuelo y respaldo en la vida. Por lo tanto, sobre esta base sigue siendo posible una teología dogmática que describa la verdad de Dios tal como se reconoce en una iglesia concreta.

Pero cuando la duda se infiltra en vericuetos más recónditos de la vida religiosa, de modo que uno pierde toda la fe y cae en el escepticismo y en el agnosticismo, entonces la fe, la confesión y la teología dogmática son imposibles; la mera negación es incapaz de crear comunión. Dado que los seres humanos buscan la comunión en sus convicciones, algunos se apartan de la comunión de la Iglesia para afiliarse a una escuela filosófica o a un movimiento social. En tales casos es importante recordar que sigue habiendo una fe religiosa; lo único que ha hecho es cambiar de objeto, y hallar la certidumbre en un nuevo dogma.

[24] En consecuencia, la teología cristiana es posible solo para aquel que vive en la comunidad de la fe con una iglesia cristiana u otra. Esto está implícito en la misma naturaleza de la fe religiosa, que es distinguible de los conceptos científicos, entre otras cosas, porque la primera no está arraigada en el entendimiento de la persona, en la autoridad de algún ser humano, sino solo en la autoridad de un objeto externo de la devoción, es decir, Dios. Esta autoridad *se reconoce*; sus ideas han hallado personas que las crean y las reconozcan dentro de un círculo religioso, es decir, una iglesia. El dogma no comercia con la opinión humana, sino con la verdad divina. Una iglesia no cree en su confesión debido a pruebas científicas, sino porque cree que Dios ha hablado. Buscar la convicción religiosa en una escuela filosófica confunde la religión con la ciencia, y no obtiene otra cosa que un juicio o una opinión eruditos que son eminentemente discutibles.

Una iglesia es el terreno natural para la religión y la teología, y en nuestra era presente existe una pluralidad de iglesias y una pluralidad similar de teologías. Esto seguirá así hasta que en Cristo la Iglesia haya alcanzado su plena madurez y todos hayan llegado a la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios. Toda iglesia y todo teólogo tiene la obligación de buscar esta unidad de la verdad mediante el examen de la fe de la iglesia a la que asiste, y su exposición fiel. Cristo prometió el Espíritu Santo a su Iglesia, y que él la guiaría a toda verdad. Esta promesa arroja una luz gloriosa sobre la historia del dogma como la explicación de la Escritura, la exposición que ha concedido el Espíritu Santo, en la Iglesia, de los tesoros de la Palabra. Un teólogo no debería restringir su labor a su propia comunidad, sino considerarla dentro del contexto global de la fe y la vida únicas de su Iglesia, y también en el contexto de la historia de la Iglesia de Cristo al completo. Nos alzamos sobre el fundamento de las generaciones anteriores; sabemos que estamos rodeados por una nube de testigos, y que somos llamados a hacer que nuestro testimonio se mezcle con la voz de todas esas numerosas aguas. Toda obra de teología debería estar plenamente de acuerdo con la doxología que la Iglesia de todas las edades ha cantado a Dios, y también formar parte de ella.

Prácticamente toda obra de teología dogmática comienza con la doctrina de la Escritura como único fundamento de la teología. El teólogo mejor pertrechado realiza su misión viviendo en plena comunión de fe con la Iglesia de Cristo. Por supuesto, existe una diferencia entre la manera en que se forma un teólogo y el principio primario del que recibe su material una obra de teología. En todas las ciencias, los practicantes entran en contacto inicial con su campo partiendo de una autoridad, y deben

conocer la historia de ese campo y el estado presente del conocimiento antes de iniciar trabajos independientes y abrir nuevas áreas de investigación. En otras palabras, pedagógicamente la tradición precede al trabajo científico. Pero la tradición nunca se confunde con la propia disciplina, ni se considera la fuente de conocimiento para ella. Saber que la astrología y la alquimia forman parte de la tradición de la astronomía y de la química modernas, respectivamente, no nos induce a acudir a ellas para obtener un conocimiento genuino sobre estos dos campos. Con la teología pasa algo parecido. Pedagógicamente, la Iglesia es anterior a la Escritura; pero, según el orden lógico, la Escritura es el único fundamento de la Iglesia y de la teología. En caso de conflicto entre ellas, la Iglesia y la confesión deben someterse a la Escritura. Solo la Escritura se autentifica a sí misma (*αυτοιστος*), y es su propio intérprete, y no hay nada que pueda equipararse a ella. Todas las iglesias cristianas están unidas en la confesión de que las Sagradas Escrituras son el cimiento de la teología, tal como establece la Confesión Belga en su artículo quinto.<sup>25</sup>

Es cierto que el artículo 2 de la Confesión Belga establece que a Dios se lo conoce por dos vías, la naturaleza y la Escritura, y que todos los teólogos reformados confieren a la teología natural veracidad y valor. Calvino incorporó la teología natural en el cuerpo de la teología cristiana, diciendo que la Escritura eran las gafas mediante las cuales los creyentes ven a Dios con mayor claridad también en las obras de la naturaleza.<sup>26</sup> La Iglesia reformada aceptó la teología natural, pero nunca como una fuente independiente de verdad salvadora aparte de la fe. La teología reformada se hizo fuerte en la fe y entonces, con los ojos cristianos, armados con la Santa Escritura, descubrió también en la naturaleza las huellas del Dios al que habían llegado a conocer (en Cristo y en la Escritura) como Padre. La naturaleza no estaba sola como un principio independiente junto a la Sagrada Escritura, de modo que cada una proporcionase un conjunto de verdades propias. Más bien, la naturaleza se contemplaba a la luz de la Escritura, y esta era necesaria para entender la naturaleza como se debe, como un don del Creador.

25. “Recibimos todos estos libros, y solo estos, como sagrados y canónicos, para la regulación, fundación y establecimiento de nuestra fe. Y creemos sin ninguna duda todas las cosas en ellos contenidas, no porque la Iglesia las reciba y las apruebe, sino por encima de todo porque el Espíritu Santo testifica a nuestros corazones que proceden de Dios, y también porque ellas mismas demuestran esta procedencia. Porque hasta los mismos ciegos pueden ver que las cosas en ellos predichas suceden”.

26. Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, I.vi.1 (ed. John T. McNeill y trad. Ford Lewis Battles, 2 vols. [Philadelphia: Westminster, 1960],1:69-71).

Es decir, que, aunque admitimos un conocimiento de Dios derivado de la naturaleza, la teología dogmática sigue teniendo un solo fundamento externo (*principium externum*), es decir, la Sagrada Escritura. Por importantes que sean las tradiciones y las confesiones de la Iglesia, no son una fuente epistémica adicional para la teología *junto con* la Sagrada Escritura. Hoy día no existe una “tradición pura” del cristianismo exenta de la Escritura; ya no tenemos ningún conocimiento de la verdad cristiana que no nos haya proporcionado la Santa Escritura. Todos los teólogos dogmáticos aseveran que el conocimiento claro y completo de Dios solo se puede obtener de la Escritura, y que esta constituye el único cimiento de la teología. Los atributos de autoridad, suficiencia y perfección, que los protestantes en su lucha contra Roma atribuyeron a la Santa Biblia, demuestran lo mismo. El término “fundamento” (*principium*) que aparece aquí es muy preferible a “fuente” (*fons*). La segunda palabra describe la relación entre la Escritura y la teología como algo mecánico, como si los dogmas pudieran sacarse de la Santa Escritura como el agua de un pozo.<sup>27</sup> Pero “fundamento” o “primer principio” sugiere una relación orgánica. En un sentido formal, en la Escritura no hay dogmas, pero el material que los constituye se encuentra en ella. Por consiguiente, la teología dogmática puede definirse como la verdad de la Escritura, absorbida y reproducida por la conciencia pensante del teólogo cristiano.

#### LA FE Y EL MÉTODO: LA ORGANIZACIÓN DE LA TEOLOGÍA

[25] Esto, sin embargo, no conlleva negar el carácter personal de la teología doctrinal, que pretende describir no solo cuál fue el caso histórico, sino más bien qué debería considerarse verdad dentro de la religión. La teología dogmática debe estar libre de arbitrariedad y de caprichos; está sujeta a ser un objeto real que debe existir dentro del mundo real. Además, este objeto debe ser cognoscible y el teólogo debe estar estrictamente vinculado

27. Nota del ed.: este método teológico se aparta de la tradición de Princeton representada por Charles Hodge, que aboga por un método empírico-inductivo que entiende la Biblia como “un almacén de datos”. La labor del teólogo, entonces, consiste en “dilucidar, recopilar y combinar todos los hechos” en un sistema ordenado, guiado por las mismas pautas que el hombre de ciencia” (C. Hodge, *Systematic Theology*, I, 10-11). Bavinck insiste aquí que también es inadecuado utilizar el lenguaje del “experimento” y la “hipótesis” al respecto de la teología. Cuando Dios habla en su Palabra no queda resquicio alguno para el “experimento”. Sobre Hodge, ver A. Kuypers, *Principles of Sacred Theology*, trad. J. H. De Vries (Grand Rapids: Eerdmans, 1965 [1898]), 318-19; Robert McChesney Edgar, “Christianity and the Experimental Method”, *Presbyterian and Reformed Review* 6, n.º 22 (abril de 1895): 201-23.

con ese objeto. Decir que la teología debe ser personal no puede usarse como motivo para negar la realidad de su objeto cognoscible. La tendencia a contraponer el carácter personal de la teología y su objetividad es un error. La teología puede ser personal solo si su objeto es real. Esto es así con todo conocimiento y ciencia humanos. Toda ciencia está sujeta a su objeto, y este objeto, con su autoridad y su poder normativo, precede a la ciencia correspondiente y es mayor que ella.

También tenemos que reconocer las diferencias entre la teología y muchas otras ciencias. El aserto personal tiene más peso en la teología que en la mayoría de las otras ciencias; las simpatías y antipatías humanas influyen poderosamente en ella. Dentro de la teología dogmática, la personalidad juega un papel importante, no porque sea lamentablemente ineludible, sino porque debería jugar un papel importante. La revelación en la que Dios transmite el conocimiento de sí mismo pretende fomentar la religión; está *diseñada* para generar fe en nuestros corazones, para situarnos en una relación correcta con Dios. La revelación está destinada a proporcionarnos conocimiento, no meramente un conocimiento teórico abstracto, como las otras ciencias, sino un conocimiento personal vital: en resumen, el conocimiento de la fe. Por lo tanto, para la obra dogmática, la fe personal es imperativa.

Sin embargo, la fe personal no es la fuente del conocimiento religioso verdadero, porque en este caso el yo interior de los seres humanos debería considerarse el objeto y el origen de la teología. Esto supone confundir la realidad de Dios con nuestro sentido subjetivo de él. La respuesta subjetiva humana a Dios es crucial; la Escritura enseña que la revelación objetiva debe completarse con la iluminación subjetiva. La doctrina reformada de la Escritura está íntimamente relacionada con la del testimonio del Espíritu Santo. La palabra externa no permanece fuera de nosotros, sino que, por medio de la fe, se convierte en un mensaje interno. El Espíritu Santo que nos dio la Escritura también da testimonio de la misma en los corazones de los creyentes. La propia Escritura obra en la aceptación de sí misma en la conciencia de la Iglesia de Cristo. En consecuencia, los creyentes sienten que están vinculados con la Escritura con toda el alma. Es el Espíritu Santo quien les induce a ello, siendo como es el Maestro supremo de la Iglesia (*Doctor ecclesiae*). Y el objetivo pleno de los creyentes es insertar en su conciencia los pensamientos de Dios expresados en la Escritura y comprenderlos racionalmente. Pero en este proceso siguen siendo seres humanos que tienen una disposición, una educación y unas opiniones propias. La fe no se origina de la misma manera en todas las personas, ni tampoco tiene la misma fuerza en todas. La capacidad intelectual difiere



en su agudeza, su profundidad y su claridad, dado que la influencia del pecado sigue operativa en la conciencia y en el intelecto humanos. Como resultado de todas estas influencias, la teología doctrinal sigue teniendo un carácter personal y es variopinta.

En este caso sucede lo mismo que en cualquier otra ciencia. Incluso los profetas y los apóstoles veían la misma verdad desde distintos ángulos. La unidad de la fe no se ha producido, como tampoco lo ha hecho la unidad del conocimiento. Pero precisamente por medio de esta diversidad, Dios conduce a su Iglesia hacia la unidad. Una vez se haya alcanzado la unidad de la fe y del conocimiento, la teología dogmática habrá cumplido también su misión. Sin embargo, hasta entonces se le ha confiado el llamado, dentro del ámbito de la ciencia, de interpretar los pensamientos que Dios nos ha expresado en las Sagradas Escrituras.

[26] Un teólogo estará plenamente pertrechado para cumplir su misión si vive en comunión de fe con la Iglesia de Cristo y confiesa la Escritura como el único y suficiente fundamento (*principium*) del conocimiento de Dios. En consecuencia, los teólogos reciben el contenido de su fe de manos de la Iglesia; pedagógicamente, llegamos a la Escritura por medio de la Iglesia. Pero este no debe ser el destino último, como no lo es ningún otro creyente. Somos llamados a analizar la misma fibra de los dogmas que se nos dieron a conocer en la Iglesia, y a examinar cómo se cimientan en la Sagrada Escritura. Así, en ocasiones se dice que la tarea consiste en, primero, reproducir objetivamente los dogmas y luego buscar su vínculo con la Santa Escritura, un método llamado *histórico-analítico*. De esta manera, una parte de la enseñanza de la Iglesia y la resume. Para unos pocos dogmas, este método puede ser muy recomendable, y puede que sea cierto que los teólogos lo infravaloran. A pesar de esto, la objeción que se plantea es que al usar este método uno no obtiene un sistema científico unificado; el teólogo se sentirá superado por los diversos dogmas que analiza. Por lo tanto, el teólogo dogmático hará mejor si sigue una vía diferente. En lugar de partir del río para llegar al manantial (método histórico-analítico), es preferible viajar desde la fuente hasta el río. Sin cortocircuitar la verdad de que, en sentido pedagógico, la Iglesia precede a la Escritura, un teólogo puede posicionarse en la propia Escritura como el fundamento de la teología (*principium theologiae*), y desde allí desarrollar dogmas. Lo que hace en este caso el teólogo es copiar, por así decirlo, la labor intelectual de la Iglesia. Se nos muestra cómo los dogmas han surgido orgánicamente de la Escritura; que el fundamento firme y ancho sobre el que se levanta el edificio de la dogmática no es un solo texto aislado, sino la Escritura en su conjunto. A este se le llama, correctamente, el método *sintético-genético*.

Este método sintético-genético une el mensaje con el hecho histórico, admitiendo que la Biblia no solo transmite hechos que tenemos que explicar, sino que ella misma ilumina claramente tales hechos. La Escritura no es una colección de hechos o de aforismos, sino la Palabra viva de Dios, el testimonio del Espíritu Santo. La Escritura no solo pide aquiescencia; requiere fe. Dios habla; nosotros debemos creer, confiar y obedecer. Además, el mensaje de la Escritura es una unidad que manifiesta una totalidad y un orden orgánicos. Los distintos dogmas no son proposiciones aisladas, sino que constituyen una unidad. El teólogo dogmático es llamado a realizar una labor crítica, que es desarrollar genética y sistemáticamente las verdades dogmáticas de la Escritura, una tarea ya implícita en la naturaleza sistemática del trabajo que uno hace con el material dogmático. Mediante este desarrollo genético y sistemático de los dogmas, el teólogo puede señalar las posibles desviaciones, llenar posibles lagunas y, así, trabajar en el desarrollo de dogmas en el futuro. De esta manera, la teología dogmática procura ofrecer una exposición de los tesoros de la sabiduría y del conocimiento que están escondidos en Cristo y manifiestos en la Escritura.

[27-28] Entonces, ¿cómo cabría organizar y estructurar semejante obra dogmática? ¿Cuál es su orden lógico? Las primeras obras teológicas eran sencillas y carecían de un orden sistemático. La obra *Sobre los principios (Peri Archon)*, de Orígenes, introduce cierto orden en el material y se divide en cuatro grandes bloques: Dios, el mundo, la libertad y la revelación. El *Enchiridion* de Agustín trata materias de teología dogmática y de ética bajo los encabezados de las tres virtudes cristianas: la fe, la esperanza y el amor. Pedro Lombardo, en la Edad Media, dividió sus *Sentencias* en cuatro volúmenes. Los tres primeros tratan de las cosas (*res*), y el último de las señales (*signa*). Según su punto de vista, todo el contenido de la revelación consiste en estos dos elementos: *cosas y señales*. De acuerdo con este orden, el primer libro de las *Sentencias* trata del misterio de la Trinidad, y el segundo de la creación y la formación de las cosas físicas y espirituales: la Creación, los ángeles, el periodo de seis días de la Creación, la humanidad, la Caída, el pecado. El tercer libro habla de la encarnación del Verbo: la persona y la obra de Cristo; la fe, la esperanza y el amor; las cuatro virtudes cardinales, y otros asuntos éticos. Por último, el cuarto libro, relativo a los sacramentos, contiene la doctrina de los siete sacramentos, la resurrección, el juicio, el cielo y el infierno.

Aquí detectamos un progreso discernible. Los temas se han agrupado y delimitado mejor; el total está dividido en cuatro partes, cada una con su

objeto distintivo, y el material ético se incorpora en la propia dogmática. Los sacramentos, que antes solo se habían tocado de pasada, se analizan a fondo. Por otro lado, el orden aún deja mucho que desear, y hay algunas materias, como la Escritura, la Iglesia y sobre todo la soteriología, que prácticamente ni se mencionan. Hay que conceder un lugar de honor, sobre todo desde el punto de vista formal, al *Breviloquium* de Buenaventura. Aquí hallamos un enfoque firmemente metódico, una maestría absoluta del material, una clara delimitación de los temas y un principio de división elegido conscientemente. Esto es evidente cuando en la primera parte, en el capítulo 1, Buenaventura afirma que aunque la teología comprende los siete temas, en realidad es una sola ciencia, porque “Dios es no solo la Causa eficiente y ejemplar de las cosas por medio de la creación, sino también su Principio reflector [o renovador: *refectivum*] por medio de la redención, y su Principio perfectivo por medio de la remuneración [restauración]”.<sup>28</sup>

La división de Tomás en su *Summa* es bastante distinta e inferior. Esta obra contiene tres partes, que se dividen en preguntas, y estas a su vez se dividen en artículos. La Parte I trata de Dios y su Creación antes y aparte del pecado: Dios como primer principio y causa ejemplar de todas las cosas. La Parte II habla del hombre como imagen de Dios, y de nuevo se divide en una *prima* y una *secunda*. La tercera parte describe la manera por la que los seres humanos pueden alcanzar la bendición de la vida eterna, es decir, Cristo y los sacramentos. Hay un apéndice compuesto de tres preguntas que habla sobre el purgatorio. Tomás formula cada aserto de fe como una pregunta y plantea todas las objeciones que puedan presentar sus adversarios. Entonces, apelando a la autoridad (la Escritura, los Padres de la Iglesia o Aristóteles), demuestra la veracidad de lo cuestionado y saca una conclusión. A continuación, la explica más a fondo y por último la defiende contra las objeciones planteadas.

[30-31] La teología reformada se caracterizó originariamente por una actitud antiescolástica, y al principio se expuso de una forma muy simple y práctica. Los *Loci Communes* de Melanchtón, publicados en 1521, hunden sus raíces en discursos sobre la epístola de Pablo a los Romanos. Son sumamente prácticos, en el sentido de que tratan solo temas antropológicos y soteriológicos, sobre todo los del pecado y la gracia, y la ley y el evangelio, mientras dejan sin analizar los dogmas objetivos de Dios, la Trinidad, la Creación, la encarnación y la satisfacción. Sin embargo,

28. Citado de *The Works of Bonaventure*, vol. 2, *The Breviloquium*, trad. Jose De Vinck (Paterson, NJ: St. Anthony Guild Press, 1963), 33.

en ediciones posteriores se amplió el número de *loci* y su contenido, y las ediciones sucesivas evidencian una aproximación cada vez mayor a la división sintética, que empieza con Dios y desde él desciende hasta sus obras en la naturaleza y a la gracia. La obra de Zwinglio, *Comentario sobre la verdadera y la falsa religión*, así como su *Exposición de la fe cristiana*, aunque también abordan diversos *loci* dogmáticos, pronto quedaron ensombrecidos por la *Institución de la religión cristiana*, de Calvino. Su última edición (1599) contenía cuatro libros, que abarcan el conocimiento de Dios como Creador, Dios como Redentor en Cristo y la obra del Espíritu Santo (interna en el libro III y externa en el IV). La división no es estrictamente trinitaria, sino que se desprende del Credo Apostólico. El punto de partida de la *Institución* es teológico; sin embargo, Calvino no parte de un concepto abstracto de Dios, sino de este tal como lo conoce la humanidad a partir de la naturaleza y de la Escritura.

Durante el curso del siglo XVII, el tratamiento de los distintos *loci* se fue haciendo cada vez más escolástico, y su vinculación con la vida de fe se hizo menos evidente a medida que se experimentaba menos. La reacción que se produjo fue que la teología se volvió cada vez más *analítica*; es decir, que se consideraba una ciencia *práctica* cuyo objetivo era la salvación y el bienestar de los humanos.<sup>29</sup> La teología se enfocaba menos como la ciencia de Dios y más como la sabiduría humana necesaria para alcanzar la salvación. Parece que hay algunas ventajas de centrarse en estos intereses que son importantes para todos los creyentes, como la pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. El Catecismo de Heidelberg también nos pregunta reiteradamente: “¿En qué te beneficia saber esto?”. A pesar de todo, este método es inadecuado *teológicamente*, dado que nos aleja de la realidad objetiva de Dios y nos lleva a intereses antropológicos. En la misma línea, el teólogo del pacto Johannes Cocceius cambió el punto de vista teológico por otro antropológico. En su *Doctrina del pacto y del testamento de Dios* (1648), dividió todo el material de la dogmática en términos de la idea del pacto, con la esperanza de ofrecer una dogmática más bíblica-teológica y antiescolástica. Pero la disposición de Cocceius de las distintas dispensaciones del pacto las distinguían tanto unas de otras, tratando la historia del pacto de la gracia como una serie de *abrogaciones*, una abolición del pacto de las obras, que se perdía la unidad de la promesa de Dios establecida por el pacto. La mayor objeción a este

29. Nota del ed.: la palabra “analítico” se refiere aquí no a la tradición anglosajona de la “filosofía analítica”, sino al método de empezar teniendo una meta establecida y retroceder hasta los medios usados.

enfoque es que su punto de partida teológico no es Dios, sino el pacto entre él y la humanidad. Aquí, las doctrinas de Dios y de la humanidad funcionan solamente a modo de introducción, como una presuposición de la obra de salvación. En este enfoque se abole cualquier frontera entre la historia de la revelación y el contenido de la dogmática, y la obra distintiva de la teología dogmática se subsume en una falaz “teología bíblica” que la socava.

[32] La forma de la teología dogmática se alteró considerablemente bajo la influencia de la filosofía moderna, que redujo su contenido y amplió el debate formal sobre el método. Las preguntas sobre metodología y epistemología adquirieron una importancia crucial, desplazando a las de índole metafísica. Desde que Kant declaró que Dios es incognoscible, la razón y la teología natural ocuparon el lugar de la revelación divina. La moral y el sentimiento religioso se convirtieron en punto de partida y en materia de la teología; los prolegómenos de la filosofía religiosa aumentaron en tamaño y en influencia en comparación con el contenido de la teología. Esto supuso un cambio importante al respecto de la era de la Reforma y antes de ella, cuando la verdad y la autoridad de la Escritura se daban simplemente por hecho, y los debates se centraban en dogmas particulares. Ahora, la razón y la crítica histórica de la Escritura sirvieron, en su conjunto, como desafíos a los dogmas de la Iglesia. Arraigó la convicción de que la razón humana, incluso aparte de la fe, podría producir por sí sola todas las verdades de la teología natural. La razón no solo recibió su propio ámbito junto a la revelación, sino que al final extendió su poder sobre aquella. La razón obtuvo la prerrogativa de investigar la verdad de la revelación. Se creía entonces que la teología natural proporcionaba un terreno firme sobre el que afirmar los pies, un fundamento puramente científico, y también se examinó de esta manera la revelación. La razón ya no se contentaba con el modesto rol de siervo, y exigía tener voz de mando. Coherentemente, los prolegómenos a la teología aumentaron su alcance y dieron forma al contenido.

[33] Sin embargo, los cimientos racionalistas de la teología no pudieron resistir el desafío filosófico que inició Kant. Schleiermacher, entre otros, intentó salvar la fe y la doctrina de la fe restringiéndolas a sentimientos y a la descripción de los mismos, concretamente “el sentimiento de dependencia absoluta”.<sup>30</sup> Sin embargo, la organización real de la teología dogmática no se alteró dramáticamente durante el siglo XIX. Los ataques decimonónicos contra la religión cristiana se centraron

30. F. Schleiermacher, *The Christian Faith*, §4.

primariamente en los propios fundamentos. El blanco fueron los puntales filosóficos de la dogmática; no se cuestionaron doctrinas aisladas, sino la misma posibilidad de la doctrina y de la teología dogmática. Cuando, además, la crítica histórica arrebató a la Sagrada Escritura su autoridad divina, no debe extrañarnos que la vida religiosa pierda toda su vitalidad. La fe ya no está segura de sí misma; la afirmación infantil a la par que heroica “Creo” se oye cada vez menos, mientras la crítica, la duda y la incertidumbre adquieren más poder. Incluso se puso intensamente en tela de juicio la justificación y el valor de la religión. En consecuencia, y en parte provocado por ello, la vida religiosa a finales del siglo XIX y principios del XX es tremendamente menos vigorosa que antes. Puede que se produzca cierto movimiento en los ámbitos de la religión y en el estudio de la misma, pero existe poca vida religiosa genuina. Es posible que la gente siga creyendo sus confesiones, pero ya no confiesan su fe.<sup>31</sup>

[34] Lo irónico del caso es que, en el intento de liberar a la teología de sus errores pasados, incluyendo el error de la metafísica, los teólogos como Schleiermacher solo consiguieron que se volviera más dependiente de la filosofía. Cuando las preguntas sobre el método teológico o la apologética dominan la obra de un teólogo, por lo general detectamos un vínculo más débil con la verdad de la Escritura y de la tradición, y una dependencia creciente de la filosofía *du jour*. Incluso cuando los teólogos reformados comienzan su obra con el conocimiento natural de Dios y las pruebas racionales e históricas de la religión cristiana, todo ello como *preámbulo* al contenido de la teología por sí misma, olvidan el punto de partida de la fe. El acto de ofrecer motivos para creer debería estar impulsado por nuestra fe, no servir como preámbulo a la teología.<sup>32</sup> Aun así, abordar los fundamentos de la teología antes que su contenido es un proceso útil y positivo. Hay que tener la precaución de asegurarse de que este material, el prolegómeno, no pierda su carácter teológico y haga que la teología dogmática quede subordinada a la filosofía. Los fundamentos de la fe (*principia fidei*) son en sí mismos artículos de fe (*articuli fidei*), no basados en argumentos y en pruebas humanas, sino en la autoridad divina. El reconocimiento de la revelación, de la Escritura como Palabra

31. A. Schweitzer, *Die christliche Glaubenslehre nach protestantischen Grundsätzen dargestellt*, 2 vols. en 3 (Leipzig: S. Hirzel, 1863-72).

32. Nota del ed.: así, esta postura difiere significativamente de la de Benjamin Warfield; ver sus comentarios de Francis R. Beattie, *Apologetics, or, the Rational Vindication of Christianity* (1903), y H. Bavinck, *De Zekerheid de Geloofs* (1901), en *Selected Shorter Writings of Benjamin B. Warfield*, ed. John E. Meeter, 2 vols. (Phillipsburg, NJ: P&R, 1973 [1907]), II, 93-123.

de Dios, es tanto un acto de fe como su fruto. La teología dogmática es, de principio a fin, la obra de un creyente que confiesa su fe y expone un relato del territorio y del contenido de esta. Los cimientos de la fe son dobles: lo externo y lo interno, lo objetivo y lo formal, la revelación y la fe. Estos dos temas son la materia de estudio correcta de los prolegómenos teológicos.

Cuando pasamos al *contenido* de la teología dogmática, se han sugerido diversos principios organizadores, incluyendo la estructura trinitaria de los credos, Padre y Creación, Hijo y redención, Espíritu Santo y santificación.<sup>33</sup> Aunque este esquema no tiene nada objetable de por sí, no es satisfactorio del todo por diversos motivos. Primero, no puede acomodar el tratamiento de la propia Trinidad, porque no encaja de forma natural en ninguna de las tres economías, y por consiguiente tiene que discutirse como vía de hipótesis en un capítulo previo. Además, al seguir esta división uno corre el riesgo de que las obras externas de Dios (*opera Dei ad extra*) se conciban demasiado como las obras individuales de las tres Personas (*opera Dei personalia*), y no lo bastante como obras esenciales del Dios único (*opera Dei essentialia*), es decir, las obras comunes de la Persona divina. Aunque esta estructura preserva la unidad, la Trinidad se entiende solo económicamente, y no se reconoce su carácter ontológico. Aparte de esto, los *loci* sobre la Creación, los ángeles, la humanidad, el pecado, la Iglesia, etc., no pueden ocupar el lugar debido. Organizar el contenido de la teología dogmática sobre un fundamento cristológico es incluso menos satisfactorio, porque a menudo descansa sobre la hipótesis falsa de que la base y la fuente epistémica de la dogmática no es la Escritura, sino concretamente la Persona de Cristo. Sin embargo, a Cristo lo conocemos solo gracias a la Escritura y a través de ella. Además, aunque Cristo es sin género de dudas el foco central y el contenido principal de la Sagrada Escritura, no puede ser su punto de partida. Cristo presupone la existencia de Dios y de la humanidad. No hizo su aparición histórica inmediatamente en el momento de la promesa (en el Edén), sino muchos siglos después. Además, la revelación de Dios por medio del Hijo no anula las numerosas y diversas maneras en que habló por medio de los profetas. La Palabra de Dios para nosotros es la Escritura *como un todo*, no solo el Nuevo Testamento ni exclusivamente las palabras de Jesús.

También resultan inadecuadas otras organizaciones de la teología dogmática, como las basadas en las tres virtudes (fe, esperanza y amor); sobre el esquema de la fe, la oración y el mandamiento; sobre el final y destino definitivos de la humanidad; sobre el pacto o la comunión entre

33. Véase *Heidelberg Catechism*, Día del Señor 8.

Dios y el hombre; sobre el reino de Dios; sobre los conceptos de vida, amor, espíritu, etc. Aunque puede que tengan muchas ventajas prácticas y sean totalmente apropiados dentro del catecismo, estos sistemas no son idóneos para una obra de teología, que es un sistema del conocimiento de Dios; no son lo bastante esenciales y abarcadores. O bien se han introducido desde fuera y no gobiernan el sistema, o la gente se adhiere estrictamente a ellos como principios de organización, pero no logran hacer justicia a los distintos *loci*.

[35] El contenido de la teología dogmática es el conocimiento de Dios tal como él lo ha revelado en Cristo por medio de su Palabra. El conocimiento de los creyentes es único en el sentido de que contemplan toda la vida religiosa y teológicamente, y lo ven todo bajo la luz de Dios, desde el ángulo de la eternidad (*sub specie aeternitatis*). Esta es la diferencia entre su cosmovisión y un punto de vista filosófico o científico. Dentro de la teología dogmática, quienes hablan son siempre creyentes en Cristo. No especulan acerca de Dios ni parten de un concepto filosófico abstracto de él, sino que se limitan a describir el conocimiento de Dios que les ha sido revelado en Cristo. Por consiguiente, en todo dogma late el pulso de la religión. Los teólogos explican el contenido de su fe tal como Dios mismo la expone objetivamente ante sus ojos creyentes mediante la revelación. No están gobernados por la materia creyente, sino por el objeto de la fe, y extraen el principio de la organización y la disposición del material del mismo objeto que tienen como labor describir.

Si este punto de partida es correcto, el método de organización que parece más indicado es el método *histórico-genético* o  *sintético*. Toma como punto de partida a Dios y contempla a todas sus criaturas solo en relación con él. Partiendo de Dios desciende hasta sus obras, para luego, por medio de ellas, ascender hasta él y concluir en su Persona. Es decir, según este método, Dios es el principio, el centro y el final. De él, por él y para él son todas las cosas (Ro. 11:36). El contenido de la fe cristiana es el conocimiento de Dios en su ser y en sus obras.

Sin embargo, Dios y sus obras se distinguen claramente entre sí. Dios es creador, redentor y perfeccionador. Dios es “la causa eficiente y ejemplar de las cosas por medio de la creación, su Principio renovador mediante la redención, y su Principio perfectivo en la restauración” (Buenaventura). La teología dogmática es el sistema del conocimiento de Dios tal como se ha revelado a sí mismo en Cristo; es el sistema de la religión cristiana. Y la esencia de la religión cristiana consiste en la realidad de que lo que el Padre ha creado —que el pecado ha arruinado—, queda restaurado en la muerte del Hijo de Dios y recreado por la gracia del Espíritu Santo



formando un reino de Dios. La teología dogmática nos muestra cómo Dios, que es autosuficiente en sí mismo, se gloria a pesar de ello en su Creación que, incluso cuando ha sido desbaratada por el pecado, vuelve a regenerarse en Cristo (Ef. 1:10). Describe para nosotros a Dios, siempre Dios, de principio a fin: Dios en su ser, Dios en su Creación, Dios contra el pecado, Dios en Cristo, Dios destruyendo toda oposición por medio del Espíritu Santo y guiando a toda la Creación de vuelta al objetivo que decretó para ella: la gloria de Su nombre. Por lo tanto, la teología dogmática no es una ciencia aburrida y áspera. Es una teodicea, una doxología de todas las virtudes y las perfecciones de Dios, un himno de adoración y de acción de gracias, un “gloria a Dios en las alturas” (Lc. 2:14). La teología habla de Dios, y debe reflejar un tono doxológico que lo glorifique.

# DOGMÁTICA REFORMADA

“Tras llevar la obra magistral *Dogmática reformada*, de Bavinck, hasta un público angloparlante, John Bolt ha coronado su esfuerzo con este compendio que, sin duda, hará que la obra sea accesible a un público más amplio. Bavinck, debido a la amplitud abrumadora de su conocimiento de la teología bíblica, sistemática, histórica y filosófica, así como a la gran profundidad de sus conclusiones exegéticas y doctrinales, destaca como el teólogo reformado más importante del siglo XIX. En las notas al pie de Bolt se explican las figuras y los debates abstrusos y se destaca su importancia contemporánea. Este volumen es un regalo y un tesoro y nos ofrece una de las vetas más ricas de la historia de la dogmática”.

**Michael Horton, Profesor J. Gresham Machen,**  
WESTMINSTER SEMINARY, CALIFORNIA.

“Bavinck fue un hombre dotado de una mente prodigiosa, un vasto conocimiento, una sabiduría atemporal y una gran capacidad expositiva. La obra magistral *Dogmática reformada*, sólida pero lúcida, exigente pero satisfactoria, amplia, profunda, aguda y equilibradora, sigue siendo, después de un siglo, el éxito supremo de este tipo de literatura”.

**J. I. Packer,**  
REGENT COLLEGE.

“Por fin Bavinck se vuelve accesible para el mundo angloparlante. La versión holandesa ha constituido un estímulo constante para estudiantes, pastores y otros cristianos interesados. Ha conformado a generaciones de teólogos, ayudándoles a predicar, pensar y actuar sobre un fundamento fresco y reformado. La fortaleza de la dogmática de Bavinck estriba en que no es ni conservadora ni progresista, sino que su carácter bíblico la dota siempre de modernidad”.

**Herman Selderhuis,**  
THEOLOGISCHE UNIVERSITEIT APPELDOORN.

“¡Qué regalo tan maravilloso para el mundo teológico angloparlante! Los temas que analiza Bavinck siguen teniendo la máxima importancia y aquí los aborda con una voz teológica que resulta increíblemente fresca”.

**Richard J. Mouw,**  
FULLER THEOLOGICAL SEMINARY.

“Bavinck es uno de los máximos teólogos reformados, pero hasta ahora buena parte de su *opus magnum* no había estado a disposición de los lectores. Tenemos una gran deuda de gratitud con aquellos que han hecho que los tesoros del pensamiento de Bavinck sean accesibles para un nuevo mundo de lectores que los apreciarán en lo que valen”.

**Donald K. McKim,**  
EDITOR DE ENCYCLOPEDIA OF THE REFORMED FAITH.

TGC COALICIÓN POR EL  
EVANGELIO



editorial clie

ISBN 978-84-19055-09-5



9 788419 055095

Aprender • Educar • Inspirar

[www.clie.es](http://www.clie.es)

TEOLOGÍA CRISTIANA / TEOLOGÍA SISTEMÁTICA